

Un hombre enamorado



MARISA SINCLAIR

**ME HE ENAMORADO
DE TI**

Marisa Sinclair

© Marisa Sinclair
ME HE ENAMORADO DE TI

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para mis hijos, la luz de mi vida.

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

CAPÍTULO 1

Adam Johnson, un hombre de negocios implacable y distante, observaba a la señorita González con ceño fruncido. La oficina del bufete estaba sumida en un silencio tenso mientras Adam cuestionaba sus cualificaciones para el puesto de asistente. La pregunta que pesaba en el aire era evidente: ¿por qué ella, sin terminar sus estudios de secretariado y sin experiencia legal, merecía ser contratada por encima de otros candidatos más calificados? Adam detestaba las entrevistas de trabajo, especialmente para contratar a una secretaria que reemplazara a Jennifer, quien lo había dejado plantado al irse a vivir a Florida con su nuevo esposo. Tenía asuntos más importantes que atender, como revisar expedientes pendientes, visitar a jueces y desconfiar de los clientes que siempre parecían ocultar algo.

Resopló con frustración, exasperado por tener que pasar por este proceso de selección y entrevistar a personas que no despertaban en él ningún interés real. En su mayoría, eran mujeres de buena familia, bien educadas, buscando un trabajo cómodo y decentemente remunerado. Algunos hombres también habían pasado por su despacho esa mañana, pero ninguno había sido tolerable.

La señorita González suspiró y frunció el ceño, no parecía estar tragándose su orgullo, sino más bien buscando en su interior una fuerza que se asemejara mínimamente al coraje. Adam la miró detenidamente y de pronto tuvo una extraña sensación de familiaridad, aunque también era posible que su rostro fuera corriente o se pareciera a alguna modelo de anuncios de ropa en las marquesinas del autobús. Sin embargo, algo en ella lo intrigaba.

La señorita González, compuesta y valiente, respondió con una determinación digna de admiración. Reconoció que no era la candidata más calificada, pero compartió su necesidad urgente de trabajo y su gran motivación. La desesperación y la necesidad eran los motores de su vida en ese momento.

Adam la observó detenidamente, viéndola de verdad por primera vez, a pesar de llevar unos quince minutos entrevistándola, haciendo preguntas neutrales y tratando de descubrir su carácter. Era hermosa, quizás más que las demás, pero sus ojos reflejaban cansancio, su cabello estaba recogido en un sencillo moño y su ropa presentaba hilos sueltos y alguna mancha, además de unos zapatos sintéticos claramente gastados y baratos.

De repente, Adam se encontró interesado por esa gran necesidad que impulsaba a la señorita González a solicitar humildemente un puesto de trabajo. Los demás candidatos habían presumido de impresionantes currículos, viajes al extranjero, contactos influyentes y universidades prestigiosas, aburriéndolo y deseando que se fueran de su campo visual.

Pero ella era diferente.

—¿Sabrías organizar una agenda semanal? Reuniones, trámites... —preguntó Adam.

—Sí, creo que sí —respondió María.

—Aquí no se cree, aquí se hace.

—Entendido —asintió ella.

—Tengo hambre —indicó Adam mientras caminaba hacia el otro lado de la mesa—. Toma, encarga dos menús de algún restaurante de comida italiana de los que están debajo del edificio.

María tomó el teléfono inalámbrico con los ojos desorbitados y el corazón latiendo a mil por hora.

—¿Quiere algo de sushi? —preguntó, pensando que tal vez a ese tipo de personas les gustaba esa comida.

—Detesto el pescado crudo. Odio el sushi. Quiero algo italiano, por favor... Tienes una hora.

Adam se sentó en su escritorio y volvió su atención a la pantalla de su computadora, ignorando por completo a María. Ella se dirigió a la puerta del despacho con el teléfono en la mano, dispuesta a preguntar a los demás empleados qué significaba exactamente la situación en la que se encontraba. Pero justo antes de que el picaporte girara por completo, el señor Johnson la detuvo.

—María, espera —ya no era señorita González.

—Sí —respondió ella.

—Baja a Recursos Humanos a firmar esto que acabo de imprimir. Es prioritario. Lo de la comida... luego —ahora la tuteaba.

—¿Qué...? —titubeó María.

—Es tu contrato. Empiezas ahora. Espero que no tuvieras nada mejor que hacer esta tarde.

María negó con la cabeza.

—Ningún problema, señor —respondió solemnemente.

—Esto no es el ejército, aquí me puedes llamar Adam.

Sus miradas se encontraron en un hilo de complicidad y gratitud apenas perceptibles. María sintió una energía especial en ese momento, notando un hormigueo interno que le susurraba que podía confiar en ese hombre tan serio.

Finalmente, salió de la oficina con los papeles del contrato bajo el brazo, lista para firmar con sangre si fuera necesario.

Adam, al cerrar la puerta, levantó la vista de la pantalla y vio una delicada y elegante cadena con

un colgante en forma de árbol de la vida sobre la silla donde había estado sentada María. Se levantó, recogió la cadena con cuidado y la guardó en el bolsillo de su traje. Ya se lo devolvería.

El despacho de Adam Johnson era un espacio elegante y sofisticado, reflejando su estatus como uno de los abogados más prestigiosos de la ciudad. Con una ubicación privilegiada en uno de los pisos superiores del rascacielos, ofrecía una vista impresionante del bullicioso paisaje urbano.

La característica más distintiva de su despacho era la gran cristalera que lo separaba del resto de la oficina. Era como una barrera transparente que proporcionaba privacidad, pero al mismo tiempo permitía a Adam observar todo lo que ocurría en el bufete. La transparencia del cristal parecía simbolizar su deseo de mantener el control sobre todas las operaciones del bufete.

La decoración era moderna y refinada, con muebles de diseño y acabados en tonos oscuros que conferían elegancia al espacio. Un escritorio impecablemente ordenado ocupaba el centro de la habitación, flanqueado por estanterías llenas de libros de derecho y documentos legales. En una de las paredes, un cuadro abstracto aportaba un toque de color y personalidad al ambiente serio y profesional.

El despacho también contaba con una zona de estar, con cómodos sofás y sillones de cuero donde Adam solía recibir a sus clientes más importantes. Un pequeño bar bien surtido en una esquina ofrecía una selección de bebidas para atender a sus invitados.

La luz natural inundaba el espacio a través de las amplias ventanas, lo que creaba una sensación de amplitud y luminosidad. Sin embargo, la cristalera también proporcionaba un grado de aislamiento, permitiendo a Adam concentrarse en su trabajo sin distracciones innecesarias.

En el escritorio, un ordenador de última generación y una serie de dispositivos electrónicos demostraban su dedicación a la tecnología y su enfoque en mantenerse actualizado en el mundo legal en constante cambio.

En resumen, el despacho de Adam Johnson era un reflejo de su personalidad: meticuloso, ambicioso y decidido a mantener un control absoluto sobre su carrera y su entorno. La cristalera que lo separaba del resto de la oficina simbolizaba la distancia que mantenía con sus colegas, protegiendo su espacio personal mientras seguía liderando con mano firme el bufete que había construido con tanto esfuerzo y dedicación.

CAPÍTULO 2

María caminaba con paso cansado hacia su modesto apartamento en el corazón de Nueva York. El día había sido agotador, pero una sonrisa de satisfacción se dibujaba en su rostro. Había conseguido un nuevo trabajo como secretaria y asistente personal de uno de los mejores abogados de la ciudad, Adam Johnson. Aunque todavía no entendía completamente por qué Adam la había elegido a ella entre tantas candidatas calificadas, se sentía feliz y aliviada.

Mientras subía las escaleras hacia su apartamento en el tercer piso, los pensamientos de María se dirigían hacia su familia. Su madre y su pequeña hija de tres años, Irene, dependían de ella. Su padre y su marido habían fallecido en un accidente hace dos años, dejándolas solas y con dificultades económicas. María había trabajado duro para mantenerse a sí misma y a su hija, pero el dinero nunca había sido suficiente para tener una vida cómoda.

Cuando María llegó a la puerta de su apartamento, suspiró de alivio. La luz cálida que emanaba del interior la reconfortó. Entró y se encontró con su madre, Marta, sentada en el sofá con una mirada preocupada en su rostro envejecido.

—¡María, estás aquí! — exclamó Marta con un tono de alivio. —He estado esperando todo el día para escuchar cómo te fue en tu primer día de trabajo.

María se dejó caer en el sofá junto a su madre, sintiéndose agotada pero satisfecha. Ella había llamado por teléfono a su casa para informar de que volvería tarde pero por una excelente razón: el trabajo era suyo.

—Fue un día agitado, mamá. Adam es un hombre increíblemente ocupado, pero me ha dado una cálida bienvenida —mintió para tranquilizarla— y me ha asignado tareas interesantes desde el primer momento —como pedir la comida, pero decidió omitir ese detalle a oídos de su castigada madre.

Marta asintió, pero su preocupación no disminuyó.

— Hija, entiendo que necesitamos el dinero que ganarás en este nuevo trabajo, pero ¿realmente podrás manejarlo? No quiero verte agotada y descuidar tu salud.

María tomó la mano de su madre con ternura.

—Lo sé, mamá. Estoy cansada, pero es un trabajo maravilloso que nos brinda una oportunidad de tener una vida mejor. Necesitamos este dinero para pagar tus tratamientos médicos y brindarle a Irene una vida cómoda.

Marta suspiró y miró a su nieta, Irene, que jugaba en el suelo con sus muñecas.

—Mi preciosa Irene, merece lo mejor en la vida. Pero, María, no puedo evitar preocuparme por ti. También sé que tienes otro trabajo por las noches. ¿No es demasiado para ti?

María bajó la mirada, luchando contra la fatiga que amenazaba con abrumarla.

— Sí, todavía mantendré mi trabajo nocturno. Aunque sea agotador, necesitamos ese dinero adicional para sobrevivir. Pero haré todo lo posible para cuidar de mí misma y de ustedes, mamá.

En ese momento, Irene corrió hacia María y trepó a su regazo. Sus ojos brillaban con admiración mientras miraba a su madre.

—Mamá, eres una superheroína. Puedes hacer todo lo que tú quieras.

María sintió cómo la ternura y el amor de su hija se apoderaban de su corazón. Sonrió y besó la frente de Irene.

—Gracias, mi pequeña. Tú eres mi mayor motivación y haré todo lo posible para que tengas una vida llena de oportunidades.

Marta observó a su hija y su nieta con una mezcla de preocupación y orgullo.

— María, eres una mujer fuerte y valiente. No puedo evitar preocuparme, pero confío en que tomarás las decisiones correctas para nuestra familia".

María abrazó a su madre y a su hija con fuerza. En ese momento, se sintió como una superheroína, decidida a enfrentar cualquier desafío que pudiera surgir. Sabía que el camino sería difícil, pero haría malabares con sus dos trabajos, luchando por un futuro mejor para su familia.

A medida que el cansancio se adueñaba de ella, María tomó una decisión. Trabajaría incansablemente, sacrificando su propio descanso para brindar a su madre y a Irene la vida que merecían. Sabía que el camino no sería fácil, pero su hija creía en su poder para hacerlo todo posible. Con esa certeza en su corazón, María se preparó para enfrentar los desafíos que la esperaban, lista para demostrar que una madre puede ser verdaderamente una superheroína en la vida de su familia.

Adam Johnson, un abogado exitoso y meticuloso de la ciudad de Nueva York, se encontraba sentado en un elegante bar, sumido en la soledad y en sus propios pensamientos. Era su refugio personal después de una agotadora jornada laboral en el bufete. Mientras saboreaba su trago, reflexionaba sobre María González, la mujer humilde y hermosa que había contratado como su secretaria.

La contratación de María aún le resultaba un enigma. Adam, un hombre serio y aséptico, siempre había creído que la compasión no tenía cabida en su vida. Sin embargo, algo en la sinceridad y transparencia de María lo había conmovido. No lograba entender cómo había sucumbido ante la necesidad y la pasión que ella había demostrado durante la entrevista.

En su ático neoyorquino, un lugar donde apenas pasaba unas horas al día, Adam se aislaba del mundo exterior. Era un refugio tranquilo y elegante, pero también un recordatorio constante de su origen humilde y del camino arduo que había recorrido para llegar a donde estaba. Cada noche, antes de regresar a su hogar, visitaba ese bar en soledad, donde la oscuridad y el silencio le brindaban la oportunidad de pensar y olvidar.

En ese exclusivo bar, Adam era testigo de hombres que buscaban evadirse a través de apuestas

o la compañía de prostitutas, pero él se mantenía apartado y taciturno. No buscaba distracciones o placeres efímeros, sino una tregua en su mente inquieta.

Mientras los demás ocupantes del bar disfrutaban de sus vicios y diversiones, Adam se sumergía en sus reflexiones. La batalla en el bufete con Samantha, la otra socia principal que deseaba quedarse con todo el negocio, le ocupaba la mente constantemente. Sabía que se encontraba en una lucha sin cuartel, donde cada movimiento y decisión podían marcar la diferencia entre el éxito y la derrota.

Sin embargo, la contratación de María había introducido una nueva variable en su vida. Intrigado por la mujer humilde y hermosa que había entrado en su oficina con determinación y necesidad, Adam no podía evitar sentir curiosidad por conocerla mejor. Había admirado su franqueza al reconocer abiertamente sus dificultades y suplicar por el puesto de trabajo. Aquella transparencia lo había conmovido de alguna manera.

Mientras reflexionaba sobre María, una camarera se acercó a su mesa y le preguntó si deseaba otro trago. Adam negó con la cabeza y pagó la cuenta. Aunque no había alcanzado ninguna conclusión en su tumultuoso laberinto mental, sentía que necesitaba volver a su ático y sumergirse en la quietud de la noche.

Al llegar a su apartamento, se encontró frente a las impresionantes vistas de la ciudad iluminada. Un sentimiento de soledad lo invadió mientras admiraba la metrópolis que nunca dormía. Las luces brillaban en lo alto, pero había algo vacío en su interior. Era consciente de que el éxito profesional y material no eran suficientes para encontrar la paz y la plenitud en su vida.

Adam se sentó en un cómodo sillón y cerró los ojos, permitiendo que los pensamientos sobre María y la batalla en el bufete se entrelazaran en su mente. Sabía que tenía que tomar decisiones estratégicas para proteger su negocio y su legado, pero también deseaba encontrar un equilibrio entre su vida profesional y su vida personal. Tal vez, en medio de su lucha interna, había descubierto una posible conexión con María, una mujer que compartía la necesidad de superar las adversidades y buscar un futuro mejor.

En la tranquilidad de su ático, Adam dejó que la noche lo envolviera. A pesar de la incertidumbre que lo rodeaba, había despertado en él un interés genuino por conocer más a esa mujer que, con su sinceridad y transparencia, había logrado traspasar las barreras que él mismo había construido.

CAPÍTULO 3

María González caminaba con cautela por los pasillos del prestigioso bufete de abogados. Era su primer día de trabajo como secretaria de Adam Johnson, un hombre respetado en el mundo legal de Nueva York. A medida que avanzaba, notó la presencia de una mujer imponente, rodeada de un aire de arrogancia y superioridad. Era Samantha Franklin, la dueña del bufete y socia principal. Samantha era conocida por su belleza fría, su cabello rubio y sus ojos azules cristalinos, y siempre estaba vestida con ropa elegante y costosa.

Al acercarse a María, Samantha la saludó con un tono altivo y una mirada de desprecio. "Así que tú eres la nueva secretaria", dijo con desdén. "Espero que estés a la altura de las circunstancias, porque cualquier mínimo error será motivo suficiente para que te despida".

María, sorprendida por la hostilidad de Samantha, mantuvo la compostura y respondió con respeto: "Haré todo lo posible para cumplir con las expectativas, señora Franklin".

Samantha la miró con desprecio desde lo alto de su mostrador y dejó claro que no creía que María estuviera capacitada para el puesto. En su mente, Samantha se sentía amenazada por la belleza de la nueva secretaria y por su cercanía a Adam. Además, estaba convencida de que María había obtenido el trabajo por alguna relación especial con él. Aunque no lo mencionó en voz alta, esa idea la atormentaba y aumentaba su resentimiento hacia María.

Justo cuando la tensión se volvía insoportable, la puerta del despacho se abrió y Adam Johnson hizo su entrada. Vestido impecablemente con un traje elegante, su presencia era magnética. Adam observó la situación con una mirada seria y decidió intervenir.

"Señorita Franklin, le agradecería que trate a mi secretaria con respeto", dijo Adam con una firmeza elegante pero inquebrantable. "María responde directamente ante mí y no toleraré ningún trato inapropiado hacia ella".

Samantha, sorprendida por la intervención de Adam, tuvo que contener su ira y aceptar la situación. Con una mirada de disgusto, se retiró del despacho, pero no sin antes lanzar una última mirada llena de desprecio hacia María.

Adam se acercó a María con una expresión de disculpa en su rostro. "Lamento mucho el comportamiento de Samantha. No debes preocuparte por ella, María. No tiene poder sobre ti y no podrá despedirte", le aseguró Adam.

María, agradecida por la defensa de Adam, respondió con educación: "Entendido, señor Johnson. Haré todo lo que me pida y puede confiar en mí para desempeñar mi trabajo de manera profesional".

Adam asintió y continuó explicando la situación. "Samantha es la otra socia principal del bufete, pero nuestras relaciones no son amigables. Por favor, sé prudente al tratar con ella y no reveles información confidencial sin mi consentimiento".

María asintió con seriedad, tomando nota de las instrucciones de Adam. "Por supuesto, señor Johnson. Seré discreta y respetaré su confianza. Gracias nuevamente por defenderme ante Samantha", expresó María.

Internamente, mientras Adam hablaba, María no pudo evitar notar su apariencia impecable y su elegante manera de actuar. Lo encontró increíblemente atractivo, pero rápidamente decidió alejar esos pensamientos de su mente. Sabía que tenía obligaciones más importantes que atender y debía mantener su enfoque en su trabajo.

Con un nuevo sentido de determinación, María se sumergió en sus responsabilidades como secretaria de Adam Johnson. A pesar del encuentro turbulento con Samantha, se sentía agradecida por la protección y confianza que Adam le había brindado. Con el paso de los días, María se daría cuenta de que su relación con Adam sería más compleja de lo que había imaginado, y no solo en términos profesionales.

Sin embargo, en ese momento, María estaba decidida a establecerse en su nuevo puesto y ganarse el respeto de todos en el bufete, incluido el enigmático y atractivo Adam Johnson. Había mucho en juego y no podía permitirse distracciones innecesarias.

María se encontraba en su despacho, inmersa en sus tareas laborales, cuando de repente la puerta se abrió de manera sigilosa. Samantha Franklin entró, asegurándose de que Adam no la hubiera visto. María levantó la mirada, sorprendida por la presencia de Samantha en su espacio de trabajo.

—Sé que Adam es atractivo y encantador, pero quiero que quede claro que él es mi esposo — dijo Samantha en un tono frío y amenazante — No toleraré ninguna falta de respeto hacia nuestra relación.

La confesión de Samantha golpeó a María de manera inesperada. Hacía apenas unos minutos, había sentido cierta atracción por Adam, pero ahora se daba cuenta de que él ya estaba comprometido. Era como si una ilusión momentánea se desvaneciera de golpe, dejándola desorientada y vulnerable.

Sin embargo, María no tardó en recuperarse de ese impacto. La indignación se apoderó de ella mientras se ponía de pie y se enfrentaba a Samantha con determinación.

—Señora Franklin, le aseguro que no tengo ninguna intención de cruzar los límites profesionales con Adam Johnson", declaró María, su voz firme y su mirada desafiante. — Mi único propósito aquí es cumplir con mis responsabilidades laborales.

Samantha observó a María con una sonrisa burlona, aparentemente disfrutando de la incomodidad que había provocado.

—Veremos cuánto dura esa actitud tan segura —respondió Samantha con frialdad. — Te advierto que no toleraré ninguna amenaza para mi matrimonio.

María sintió cómo la ansiedad empezaba a apoderarse de ella. La idea de tener que lidiar con alguien tan frío, calculador y dispuesto a hacerle la vida imposible desde el primer momento resultaba abrumadora. Por un momento, consideró la posibilidad de renunciar a su nuevo trabajo antes siquiera de haber empezado.

Sin embargo, en medio de esa tormenta emocional, María recordó las razones por las que había aceptado el trabajo en primer lugar: su madre enferma, su hija de tres años y las dificultades económicas que enfrentaban. Sabía que no podía permitirse abandonar esa oportunidad laboral.

Reuniendo fuerzas, María se plantó frente a Samantha, con determinación y valentía.

—Señora Franklin, no tengo ninguna intención de interferir en su matrimonio —dijo María, su voz cargada de determinación. —Pero quiero que quede claro que no permitiré ningún tipo de acoso o maltrato por parte suya. Cumpliré con mis obligaciones y espero que usted haga lo mismo.

Samantha la miró con desdén, pero María se mantuvo firme, decidida a no dejarse intimidar. Sabía que su presencia en ese bufete no sería fácil, pero estaba dispuesta a enfrentar cualquier obstáculo costara lo que costase.

Con un último vistazo lleno de desprecio, Samantha se dio media vuelta y salió del despacho, dejando a María con una mezcla de alivio y determinación. A pesar de las dificultades y de las amenazas veladas, María se recordó a sí misma que no dejaría que Samantha Franklin dictara su camino. Estaba allí para luchar por su futuro y el de su familia, y no permitiría que nadie se interpusiera en su camino.

CAPÍTULO 4

El sol comenzaba a descender en el horizonte, tejiendo cálidos tonos dorados entre los rascacielos de Nueva York. María caminaba por las abarrotadas calles, inmersa en un mar de pensamientos que la envolvían como una neblina melancólica. Sus pasos resonaban en el pavimento, marcando el ritmo de su reflexión.

Adam Johnson, su jefe desde hacía ya unos cuantos meses, ocupaba gran parte de sus pensamientos. Era imposible no notar su seriedad y dedicación al trabajo, siempre inmerso en montañas de documentos legales. Pero había algo más en él que atraía a María, algo que la hacía perderse en los matices de su personalidad. La protección que mostraba hacia ella, a pesar de su firmeza, era un gesto que la conmovía y despertaba una mezcla de emociones difíciles de describir.

Cerró los ojos por un momento, recordando el brillo grisáceo y enigmático de los ojos de Adam. Eran un abismo de secretos y, a la vez, un faro de sinceridad. Esa mirada la había cautivado desde el primer día en que se conocieron. Pero María se esforzaba en recordar su posición, en recordar que el atractivo no siempre llevaba consigo el permiso para enamorarse.

Estaba a solo unos pasos de su casa, cuando una idea se apoderó de su mente. ¿Se estaría enamorando de su jefe? Sacudió la cabeza ligeramente, como si quisiera apartar esos pensamientos indeseados. Era una ilusión, una mera consecuencia de su vulnerabilidad y soledad en ese momento. Cualquiera mujer se sentiría atraída por Adam Johnson, y ella no era una excepción.

Sin embargo, recordó que Adam estaba casado con Samantha. Aunque su relación no parecía ser perfecta, el vínculo matrimonial seguía estando presente. Eso era algo que María debía respetar y recordar en todo momento. Se detuvo frente a la puerta de su casa, dejando escapar un suspiro cargado de resignación.

La decisión estaba clara en su mente: debía eliminar esa bola de pensamientos que la había invadido. No podía permitirse caer en el abismo de una atracción prohibida. La racionalidad debía prevalecer sobre los sentimientos. Apretó el puño con fuerza, como si quisiera aferrarse a su resolución.

Con un movimiento decidido, María abrió la puerta y entró en su hogar. Cerró la puerta tras de sí, dejando fuera las dudas y las incertidumbres. Sabía que la realidad y la fantasía debían mantenerse separadas, y que su corazón debía encontrar un camino libre de complicaciones.

Enfrentarse a sí misma y negar aquellos sentimientos no era fácil, pero María era consciente de que era lo correcto. A medida que se adentraba en la tranquilidad de su hogar, se prometió a sí misma dejar atrás los pensamientos que la atormentaban y concentrarse en su propio camino. El camino que, esperaba, la llevaría hacia la plenitud y la felicidad, sin importar cuán enigmáticos fueran los ojos de Adam Johnson.

Al fin, llegó a casa agotada después de una larga y extenuante jornada en el bufete de abogados. Cerró la puerta tras de sí y se adentró en la tranquilidad de su hogar, dejando atrás por un momento las presiones y los desafíos diarios (incluidos los nuevos descubiertos sentimientos hacia él). Sin embargo, la preocupación por el futuro y la falta de recursos seguían resonando en su mente.

Irene, su pequeña hija de tres años, corrió hacia ella con los brazos abiertos, radiante de felicidad al ver a su madre. María la estrechó entre sus brazos, sintiendo cómo su amor y su cálido abrazo se entrelazaban en un vínculo inquebrantable. Juntas, madre e hija prepararon la cena con delicadeza y se sentaron a la mesa, compartiendo momentos de complicidad y risas llenas de ternura.

La conversación en la mesa era sencilla pero llena de amor. María observaba a su hija mientras comía, admirando su belleza inocente y preguntándose cómo podría asegurarle un futuro próspero. Sabía que Irene merecía todo lo mejor del mundo, pero también era consciente de los obstáculos que se interponían en su camino.

Después de la cena, María llevó a Irene al baño, donde la bañó con suavidad y cuidado. Sus manos acariciaban con ternura la piel suave de su pequeña, mientras el agua tibia envolvía sus cuerpos en una atmósfera de paz y amor. María aprovechó ese momento para susurrarle palabras de cariño y aliento, asegurándole que siempre estaría ahí para protegerla y apoyarla.

Una vez fuera del baño, María acompañó a Irene hasta su habitación y se sentó en el borde de su cama. Tomó un libro y comenzó a contarle un cuento mágico, permitiendo que la imaginación de ambas se elevara por encima de las preocupaciones del mundo real. Irene escuchaba con atención, sus ojos brillando de emoción mientras la voz de su madre tejía historias de aventuras y personajes entrañables.

Cuando finalmente Irene se sumió en un sueño profundo, María se levantó con delicadeza, consciente de que había llegado el momento de atender a su madre. Se dirigió al cuarto de su madre y la encontró dormida, con una expresión serena en su rostro.

La habitación de Marta, la madre de María, era un reflejo de su personalidad y su forma de vivir la vida: ordenada, humilde, limpia y austera, pero con un toque de belleza que la hacía acogedora.

Las paredes estaban pintadas en un suave tono pastel que le daba una sensación de calma y tranquilidad al espacio. No había exceso de muebles, solo lo esencial: una cama sencilla con una colcha de colores suaves y una pequeña mesita de noche al lado con una lámpara. Un pequeño armario de madera guardaba la ropa y sus pertenencias, todo cuidadosamente doblado y organizado.

En una esquina de la habitación, había un pequeño escritorio donde la madre de María solía escribir cartas y hacer sus cuentas. Encima del escritorio, había una foto enmarcada de María de pequeña, un recordatorio constante del amor que sentía por su hija.

En la ventana, había cortinas de encaje que dejaban pasar la luz del sol y que daban un toque delicado y romántico a la habitación. Un par de plantas en macetas añadían un toque de naturaleza y frescura al ambiente.

La habitación estaba siempre impecablemente limpia, con todo en su lugar. Aunque era

austera en cuanto a decoración, había un cuidado y un cariño en cada detalle que la hacía especial.

A pesar de la simplicidad de la habitación, se podía sentir el amor y la calidez que la madre de María ponía en cada rincón. Era un espacio acogedor y lleno de paz, tanto María como la pequeña Irene encontraban refugio y tranquilidad cuando el resto de la casa parecía caérseles encima.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó María con voz suave, preocupada por el efecto de la quimioterapia en su frágil cuerpo.

Su madre abrió los ojos y le dedicó una sonrisa cansada.

—Estoy muy cansada, cariño —susurró—. Este ciclo de quimioterapia me ha agotado más de lo habitual. Pero no te preocupes, no tengo fiebre ni he vomitado. Irene está dormida y si sucede algo, te llamaré de inmediato. Puedes irte tranquila a trabajar esta noche.

María sintió un nudo en la garganta al escuchar las palabras de su madre. Su instinto le decía que debía quedarse en casa y cuidar de su hija, pero su madre se negaba rotundamente. Era consciente de que su madre estaba pasando por un momento difícil y necesitaba descansar para recuperarse. Aunque le resultaba difícil dejar a Irene, sabía que debía confiar en el juicio de su madre y en su promesa de llamar si había alguna emergencia.

Con el corazón apretado, María se vistió con el uniforme requerido para su trabajo en el bar: un ajustado vestido negro y una máscara que ocultaba parcialmente su rostro. Era consciente de que el lugar al que se dirigía estaba lleno de hombres ricos y machistas, que acudían allí para beber y deleitarse con la belleza de las camareras. No era el trabajo que soñaba, pero era una oportunidad para mantener a flote su economía y brindar un futuro mejor para su familia.

Antes de salir de casa, María se acercó a la habitación de Irene, que dormía plácidamente. Le dio un beso suave en la frente y le susurró al oído: "Te quiero, mi amor, siempre". Era una promesa silenciosa de que haría todo lo posible para brindarle una vida mejor.

Caminó durante media hora hasta el bar, sintiendo la fatiga acumulada en su cuerpo después de un largo día de trabajo junto a Adam Johnson en el bufete. En ese trayecto, sus pensamientos se mezclaban con la pesadez de la jornada y la preocupación por los meses que le quedaban por delante hasta que su madre finalizara el tratamiento de quimioterapia.

Rezó en silencio, mirando al cielo estrellado, rogando al universo que le diera la fuerza y la resistencia necesarias para sobrellevar esos momentos difíciles. Sabía que no podía rendirse, que debía seguir luchando por su familia y por un futuro mejor.

Con cada paso firme que daba hacia el bar, María se recordaba a sí misma que no estaba sola en esta batalla. Había amor, esperanza y determinación en su corazón. Y con esa convicción, se adentró en el bar, lista para enfrentar una vez más los desafíos de la noche, sabiendo que cada esfuerzo la acercaba un poco más a una vida más próspera y llena de posibilidades.

El bar estaba envuelto en una penumbra acogedora, y Adam se encontraba sentado en un rincón, sosteniendo su copa entre sus manos. La rabia y la frustración que sentía hacia Samantha y sus celos patológicos lo consumían por dentro. Recordaba cómo había maltratado a Jennifer, su antigua secretaria, y se preguntaba si eso había contribuido a que ella decidiera dejar el puesto de trabajo y mudarse a Florida con su esposo.

A medida que su mente se desplazaba hacia María, su secretaria actual, Adam no podía evitar sentir asombro ante la fortaleza de carácter que ella había demostrado en los últimos tres meses. A pesar de la maldad de Samantha y las discusiones absurdas en las que intentaba arrastrarla, María se mantenía firme, sin dejarse amedrentar. Era admirable.

Lo que más le sorprendía era que, a pesar de no tener la educación y los antecedentes más pulidos, María se desenvolvía excepcionalmente bien en su puesto. Poseía una inteligencia natural y un sentido común envidiables. Además, Adam no podía negar que su belleza era cautivadora y que, en los últimos días, le había llamado cada vez más la atención.

Sin embargo, esa atracción no le agradaba del todo a Adam. Sabía que podría hacerlo vulnerable y comprometer su relación profesional con María. La soledad en la que se encontraba, sumado a la intriga que sentía hacia ella, generaba un torbellino de emociones dentro de él.

En medio de sus reflexiones, algo atrajo su atención en el bar. A lo lejos, divisó a una camarera que captó su mirada. Había algo familiar en ella, algo que hacía que Adam sintiera un leve de déjà vu. Pero esta vez, fue su rostro semioculto por una máscara lo que encajaba perfectamente con otro rostro ya conocido. Era María, estaba casi seguro.

Con cautela, Adam se acercó discretamente a la barra para poder observarla más de cerca. La luz del local iluminaba su rostro, y entonces lo tuvo claro: su secretaria trabajaba en ese bar por las noches, y por la mañana acudía a su puesto de trabajo luciendo un impecable aspecto profesional. El descubrimiento lo trastornó por completo y lo transportó a su infancia, recordando a su madre que cada noche se despedía de él antes de ir a trabajar, prometiéndole que estaría a su lado al amanecer.

Adam se ocultó en un lugar apartado, sintiendo una urgencia imperiosa de conocer más sobre la vida sacrificada de su secretaria y las necesidades económicas que soportaba. Se propuso averiguarlo en las próximas semanas, pues su conciencia no le dejaría en paz hasta que pudiera ayudarla de alguna manera.

CAPÍTULO 5

El sol de verano bañaba las calles de Nueva York, mientras Adam Johnson y su secretaria, María González, se encontraban sentados en la elegante sala de conferencias de su bufete de abogados. Un delicioso aroma a comida italiana flotaba en el aire, cortesía de un repartidor que les había traído un exquisito menú para su almuerzo.

Adam observaba a María con atención, tratando de disimular su intranquilidad. La noche anterior había sido testigo de un descubrimiento que lo había dejado atónito. Había visto a María trabajando en un bar nocturno, llevando una doble vida que desconocía por completo. Aquello había despertado en él una curiosidad insaciable y una necesidad de entender por qué su secretaria, aparentemente dedicada y responsable, se veía obligada a llevar una vida nocturna.

A medida que los platos eran dispuestos sobre la mesa, Adam decidió romper el silencio incómodo. Tomó un sorbo de vino antes de dirigir su mirada hacia María. "María, ¿cómo está tu familia?", preguntó, tratando de sonar casual pero con un deje de preocupación.

María desvió la mirada hacia su plato, jugueteando con la servilleta. Su voz temblorosa apenas se escuchó mientras respondía con un simple "bien". Evadió la pregunta, centrando su atención en los documentos esparcidos frente a ellos.

Adam se sintió frustrado por la evasiva de María, pero no quería presionarla más de lo necesario. Era consciente de que su relación laboral no debía mezclarse con asuntos personales, pero su curiosidad y sus sentimientos cada vez más intensos no le permitían simplemente ignorar lo que había descubierto.

La atmósfera tensa se llenó con el sonido de los cubiertos chocando suavemente contra los platos mientras ambos comían. Adam estudiaba a María de reojo, notando cada uno de sus gestos nerviosos. La forma en que apartaba el cabello detrás de su oreja, el brillo fugaz de sus ojos cuando se encontraban con los suyos, todo aquello despertaba en él una atracción que nunca antes había experimentado.

Adam se perdió en sus pensamientos mientras observaba el suave movimiento de los labios de María al masticar. La calidez de su sonrisa, que apenas había presenciado unas cuantas veces, invadía su mente. Era como si su mundo se estrechara en torno a ella, sintiendo que cada instante a su lado se volvía imprescindible.

María, por su parte, luchaba por mantenerse concentrada en el trabajo. Aunque era consciente de la intensidad de la mirada de Adam, no podía permitirse perder la compostura. Atravesaba un torbellino de emociones encontradas: la atracción hacia su apuesto jefe y el temor a cruzar esa línea prohibida.

El almuerzo transcurrió en un silencio cargado de emociones no expresadas. Adam y María se perdieron en sus propios pensamientos, tratando de comprender la complejidad de lo que estaba

surgiendo entre ellos. Cada palabra no dicha, cada mirada evitada, solo intensificaba el misterio y la tensión en el aire.

Finalmente, la hora del almuerzo llegó a su fin y los platos vacíos fueron retirados de la mesa. Adam se levantó y caminó hacia la ventana, con la mirada perdida en el bullicio de la ciudad. María lo observó, sabiendo que debían retomar el trabajo y dejar atrás las reflexiones no resueltas.

El gris misterioso de los ojos de Adam aún la atraía, pero María sabía que era necesario mantener su distancia. Guardó sus sentimientos en lo más profundo de su ser, decidida a mantener su trabajo y su vida personal separados. No podía permitirse perder el norte, aunque su corazón latiera con fuerza cada vez que estaba cerca de él.

Con paso firme, María se acercó a Adam y rompió el silencio.

—Tenemos mucho trabajo por hacer, señor Johnson. ¿En qué proyecto deberíamos centrarnos primero?— preguntó, desviando la atención hacia lo que realmente importaba: el trabajo.

Adam asintió, volviendo a la realidad.

—Tienes razón, María. Hay un caso importante que debemos revisar. Vamos a enfocarnos en eso —respondió, ocultando en lo más profundo de su ser las emociones y las interrogantes que lo abrumaban.

El destino de Adam y María estaba entrelazado, pero ambos sabían que debían enfrentar los desafíos que se presentaban con prudencia. El camino hacia la verdad y hacia el amor verdadero estaba lleno de obstáculos, pero estaban dispuestos a descubrirlo juntos, paso a paso.

Con sus corazones latiendo en sincronía, Adam y María se sumergieron en el trabajo, dejando atrás las reflexiones no expresadas y los sentimientos intensos que habían florecido entre ellos. Por el momento, el bufete de abogados sería su refugio, y el misterio de la doble vida de María tendría que esperar.

Finalmente, ambos se sumergieron en una conversación casual sobre el trabajo y las últimas novedades del bufete.

Sin embargo, la calma se vio interrumpida cuando el teléfono de Adam vibró en la mesa, alertándole sobre un correo electrónico entrante. Frunciendo el ceño, Adam dejó su cubierto a un lado y tomó su teléfono, desbloqueándolo para revisar el mensaje. Mientras leía las palabras en la pantalla, su expresión se volvió más seria, revelando la importancia de la información que acababa de recibir.

María, observando a su jefe, notó el cambio en su rostro y el brillo de urgencia en sus ojos. No pudo evitar sentir una punzada de curiosidad y preocupación al respecto. ¿Qué habría sucedido para que Adam reaccionara de esa manera durante su almuerzo?

Adam cerró el teléfono y levantó la mirada hacia María, encontrando sus ojos llenos de curiosidad.

—María, acabo de recibir un correo importante —comenzó, su tono de voz reflejando la seriedad del asunto.—Nos reclaman en una reunión en Chicago dentro de dos días. El presidente de una empresa con serios problemas legales ha decidido contratar nuestros servicios, y creo que tu presencia será de gran ayuda en ese evento.

Los pensamientos de María se dispararon en todas direcciones mientras escuchaba las palabras de Adam. Por un lado, sentía un halago por la confianza que él depositaba en ella, reconociendo su habilidad y valía. Pero por otro lado, el pensamiento de dejar a su madre enferma y a su hija de tres años solas durante dos días la llenaba de preocupación y culpa.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de María mientras intentaba ocultar sus emociones. No quería que Adam notara su inquietud y debilidad en ese momento. Respiró profundamente, tratando de encontrar una respuesta adecuada.

—Adam, te agradezco sinceramente la oportunidad y la confianza que me brindas al proponerme esta posibilidad —respondió María con voz firme pero educada —Sin embargo, necesitaría un tiempo para organizar algunas cosas antes de poder darte una respuesta definitiva.

Adam asintió comprensivamente, respetando la necesidad de María de reflexionar y considerar las implicaciones personales de aceptar ese viaje. Sabía que había algo en la vida de ella que la llevaba a tener otro trabajo para aumentar sus ingresos, quizá una responsabilidad familiar grande, y por un momento temió haberse excedido al proponerle que se ausentara dos días de su casa.

—Por supuesto, María— respondió Adam con sinceridad. —Tómate el tiempo que necesites. Estoy aquí para escucharte y apoyarte en lo que decidas. Pero tu respuesta antes de que finalice el día.

María agradeció internamente la comprensión de Adam y asintió con gratitud. Sabía que tenía mucho que considerar y organizar antes de tomar una decisión tan importante. Mientras observaba a Adam volver a su plato de comida, su mente comenzó a trabajar en un plan, pensando en su madre, su hija y en cómo podría hacer que todo funcionara.

Con un semblante decidido, María volvió a centrarse en su comida, sabiendo que tenía un par de horas para resolver todas las piezas del rompecabezas y tomar una decisión que tuviera en cuenta tanto su carrera como su vida personal. Sabía que no sería fácil, pero estaba dispuesta a encontrar una solución equilibrada.

El almuerzo continuó, pero María ya no podía saborear la comida como antes. Su mente estaba ocupada con la importante decisión que tenía por delante.

CAPÍTULO 6

El ático de Adam Johnson, ubicado en uno de los edificios más altos de Nueva York, se encontraba impregnado de una atmósfera serena y elegante. La noche envolvía la ciudad, y Adam se hallaba solo en medio de ese oasis de tranquilidad, haciendo su diminuta maleta para el viaje a Chicago al día siguiente. Mientras doblaba meticulosamente su ropa justa, su mente divagaba en pensamientos sobre María, su discreta y eficiente asistente.

Adam había observado a María de cerca durante los últimos meses, tratando de desentrañar los misterios que rodeaban su vida. Ella era una mujer enigmática, exótica y hermosa, pero también era una experta en mantener una distancia emocional con los demás. La elegancia y el estilo minimalista de María eran evidentes en cada detalle de su apariencia, desde los pendientes dorados y finos hasta la cuidadosa organización de sus notas y rotuladores.

La rutina matutina de María no pasaba desapercibida para Adam. Había notado que siempre tomaba café doble, solo y sin azúcar, puntualmente a las ocho y media. Esa pequeña costumbre había dejado una marca en su memoria, una pista sutil sobre sus gustos y preferencias. Sin embargo, Adam anhelaba saber más sobre ella, más allá de las pequeñas pistas que había logrado descubrir.

Aunque Adam admiraba la determinación y eficiencia de María, también se encontraba frustrado por las barreras que ella había construido en torno a sí misma. Deseaba conocer sus pensamientos más íntimos, desvelar las capas que ocultaban su verdadera esencia. Pero, hasta el momento, todas sus intenciones habían sido en vano.

Un recuerdo en particular hizo que el corazón de Adam latiera con fuerza. Hacía unos días, había escuchado a Paul, otro abogado del bufete, intentando invitar a María a comer. La rabia había inundado a Adam en aquel momento, mientras luchaba por controlar su enojo. Afortunadamente, María había rechazado cortésmente la invitación, mostrando su elegancia natural y dejando en claro su enfoque profesional.

En medio de su agitada mente, Adam se dio cuenta de que estaba perdiendo la calma ante la idea de compartir dos días a solas con María en Chicago. El vuelo, el hotel y la cercanía constante despertaban una mezcla de emociones dentro de él. Tomó su teléfono y marcó el número de su hermano, Brian, quien era piloto y se encontraba disfrutando de un descanso en Hawaii.

"Brian, necesito hablar contigo", dijo Adam en un tono que reflejaba su inquietud. "Estoy perdiendo mi claridad mental por una mujer, y esto no es algo común para mí. María, mi asistente, es tan distante y profesional que no puedo evitar preguntarme si hay algo más detrás de esa fachada".

Su hermano escuchó atentamente, y después de un breve silencio, respondió con voz amigable pero firme: "Adam, a veces esas barreras son necesarias para protegerse a sí misma. Tal vez ella ha tenido dificultades en su vida que le han enseñado a mantener la distancia. No puedes forzar a

alguien a abrirse contigo, pero puedes ser paciente y respetuoso. Tal vez, con el tiempo, ella sentirá que puede confiar en ti".

Las palabras de su hermano resonaron en su mente, y Adam se dio cuenta de que había estado buscando una solución instantánea para algo que requería tiempo y comprensión. A medida que observaba la ciudad iluminada desde su elegante ático, una idea se formó en su mente. Quizás, en algún momento, compartir ese lugar con María podría ser una oportunidad para que ella se sintiera más cercana a él, incluso si solo fuera por un instante.

Con una sensación de calma renovada, Adam se despidió de su hermano y volvió a centrarse en terminar su equipaje. Había decidido ser paciente, respetar las barreras de María y permitir que el tiempo hiciera su trabajo, sin prisa, sin forzar la situación.

María se encontraba sentada junto a su madre en el acogedor salón de su casa, sumida en una conversación llena de ternura y preocupación. La madre de María, en su semana de descanso de la quimioterapia, irradiaba una energía renovada y deseaba que su hija aprovechara la oportunidad que se le presentaba.

"María, cariño, debes ir a ese viaje a Chicago con tu jefe", insistió su madre, mirándola con ojos llenos de comprensión y determinación. "Sé que Irene estará en el colegio y yo estaré bien cuidada en casa. No te preocupes por nosotras, aprovecha esta oportunidad en tu trabajo".

María desvió la mirada por un momento, luchando con sus propias preocupaciones y miedos internos. Sin embargo, la fuerza y la seguridad en las palabras de su madre eran difíciles de resistir. Sabía que ella había pasado por mucho y que su instinto protector siempre estaba presente.

Su madre, con una dulce sonrisa en el rostro, continuó hablando con suavidad: "María, cariño, sé que Adam se ha portado bien contigo hasta ahora. Pero debes tener cuidado. Hombres como él, que lo tienen todo, están acostumbrados a tener el control y pueden lastimar a las mujeres inocentes como tú. No te ilusiones demasiado. Recuerda proteger tu corazón".

María asintió, sintiendo una mezcla de agradecimiento y miedo por la sabiduría de su madre. No había mencionado abiertamente sus sentimientos hacia Adam, pero su madre parecía intuir sus inquietudes más profundas. Intentó tranquilizarla y asegurarle que se trataba solo de un viaje de trabajo, pero en su interior, había una lucha constante entre la atracción y el miedo a salir lastimada.

Después de que Irene y su madre se retiraran a descansar, María se encontró sola en su habitación. Su teléfono vibró, y al mirarlo, vio el mensaje de Adam con el código de los billetes de avión. "Descansa, mañana será un día agotador", decía su mensaje. María acarició la pantalla del teléfono con el dedo, sintiendo una conexión sutil y reconfortante con su jefe. Eso la asustaba, la hacía sentir menos sola y más en paz, pero también despertaba temores y dudas en su interior.

Decidida a alejar esos sentimientos, se obligó a enfocarse en el hecho de que esa noche

finalmente podría descansar más de cinco horas, algo que no había hecho en mucho tiempo. Había informado en el bar que se tomaría un par de días libres, y ahora podía permitirse el lujo de descansar y recargar energías para enfrentar los desafíos que les esperaban en Chicago.

María se acostó en la cama, con los pensamientos y emociones revoloteando en su mente. Intentó silenciarlos, concentrándose en la promesa de un sueño reparador y en las oportunidades profesionales que se le abrían. A medida que cerraba los ojos, su último pensamiento fue una promesa a sí misma: estaría alerta, protegería su corazón y no permitiría que sus sentimientos la llevaran por caminos peligrosos.

CAPÍTULO 7

El avión se elevaba lentamente por los cielos, y María sentía cómo su corazón se aceleraba y su respiración se volvía más superficial. No podía evitarlo, el miedo a volar se apoderaba de ella, sumiéndola en una crisis de ansiedad que había ocultado por vergüenza. Su última experiencia en un avión había sido con su difunto marido, regresando de visitar a su familia en México. La angustia y el temor habían sido insoportables, y desde entonces, había evitado volar siempre que le era posible.

Sin embargo, en ese momento, ante la mirada atónita de Adam, María comenzó a hiperventilar, su rostro palideció y su agarre en la mano de su jefe se volvió desesperado. Adam, sin dudar, la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia él, brindándole un apoyo inmediato. El aroma embriagador de su perfume llenó sus sentidos, mientras el suave roce del cabello oscuro de María rozaba su barba rubia.

—Tranquila, María. Estoy aquí contigo— susurró Adam, tratando de calmarla — Todo va a estar bien.

—No puedo controlarlo... Lo siento —se disculpó ella con lágrimas de angustia en los ojos.

Adam hizo una señal a la camarera de vuelo y le pidió una copa de vino, sabiendo que podía ayudar a rebajar la ansiedad de María. Ella bebió el vino de un solo trago, buscando desesperadamente algo que la tranquilizara. Sin embargo, la ansiedad seguía aferrada a ella, envolviéndola en una espiral de pánico.

Finalmente, exhausta y rendida por la crisis, María se aferró a Adam, buscando consuelo y refugio en sus brazos. Él la sostuvo con ternura, sintiendo el peso de la responsabilidad y el deseo incontrolable de protegerla. En ese instante, las barreras que María había levantado inconscientemente parecieron ceder, y ella se había entregado a él de una manera totalmente vulnerable.

Mientras María se quedaba dormida sobre el regazo de Adam, su rostro sereno y delicado, él la observaba con un asombro embriagador. Sus rasgos finos y exóticos acentuaban su belleza única y despertaban en él un instinto protector inmenso. En ese momento, Adam no podía negar la poderosa atracción que existía entre ellos, una conexión que iba más allá de lo profesional.

El vuelo continuaba, llevándolos hacia Chicago, pero en el silencio de aquel instante, Adam se permitió disfrutar del momento. La fragilidad de María despertaba en él una felicidad abrumadora, como si finalmente hubiera logrado derribar una de las murallas que ella había construido a su alrededor, aunque fuera de manera involuntaria.

En aquel abrazo, envuelto en la tranquilidad del sueño de María, Adam se permitió imaginar un futuro en el que pudieran explorar esa atracción y descubrir lo que había entre ellos. Pero por ahora, se prometió a sí mismo ser paciente, respetar los tiempos y las circunstancias. Sabía que aquel viaje podría cambiarlo todo, y estaba dispuesto a enfrentar los desafíos que vendrían con

ello.

Samantha estaba sentada en su despacho, rodeada de un aura de irritación que llenaba la habitación. Cada detalle en su entorno estaba meticulosamente diseñado a medida, reflejando su carácter maniático y perfeccionista. Los empleados del bufete la temían por su mal carácter y los bruscos cambios de humor que podían suceder en cualquier momento.

Paul, su fiel perrito faldero, entró en el despacho con una expresión nerviosa en el rostro. Tras una breve pausa, decidió romper el silencio.

—Samantha, necesito informarte de algo importante— dijo Paul con precaución.

Samantha levantó la mirada y lo fulminó con la mirada.

—Al grano, Paul.

Paul tragó saliva y prosiguió con voz temblorosa.

—Adam... Adam se ha ido de viaje a Chicago su secretaria. Me enteré tarde y no pude evitarlo.

El semblante de Samantha se oscureció aún más, si eso era posible. La idea de que Adam estuviera en compañía de otra mujer la atormentaba diariamente desde que se habían divorciado. Sentía un celo desmedido y una punzada de angustia cada vez que otra mujer se acercaba a él. Cuando María había llegado, con su belleza y estilo evidentes, Samantha había sentido una amenaza latente. Sin embargo, con el tiempo, la distante y profesional actitud de la secretaria había logrado calmar sus temores y hacerla creer que era una empleada valiosa y eficiente.

Pero ahora, al enterarse de que Adam y María se habían ido solos a un viaje de suma importancia sin avisarle, todos sus celos y desconfianzas volvieron con fuerza. En un impulso irracional, decidió tomar medidas drásticas. Sin pensar en las consecuencias, tomó su teléfono y compró un billete de avión de última hora para unirse al viaje a Chicago.

—Esto no puede seguir así —murmuró Samantha para sí misma, con determinación en sus ojos.

Con paso firme, Samantha abandonó su despacho, dejando a Paul sin aliento y temblando de nerviosismo. Sabía que enfrentarse a la ira de Samantha era peligroso, pero también sabía que era incapaz de detenerla cuando se encontraba en ese estado de celos y posesividad.

El vuelo a Chicago sería un campo de batalla inminente, y Samantha estaba decidida a luchar por lo que consideraba suyo. No importaba cuánto tuviera que luchar contra sus propios demonios internos y enfrentarse a los obstáculos que se interponían en su camino, haría lo que fuera necesario para mantener a Adam bajo su dominio.

CAPÍTULO 8

Al anochecer, Chicago se transforma en un escenario mágico y lleno de vida. Los rascacielos iluminados se alzan imponentes, reflejando destellos dorados en el río que atraviesa la ciudad. Las calles se llenan de luces parpadeantes y el bullicio de la gente que disfruta de la noche. Los colores cálidos del atardecer dan paso a una paleta de tonos azules y morados en el cielo, mientras las estrellas comienzan a brillar tímidamente en la oscuridad. Es una ciudad en constante movimiento, con una energía vibrante y un encanto inigualable que cautiva a quienes la recorren bajo la luz de la luna.

Adam y María se encontraban sentados en un lujoso restaurante de Chicago, disfrutando de una cena merecida después de un día agotador de reuniones con Marcus Flickr, el presidente de la empresa demandada. Habían sido eficientes y habían logrado entrevistar a gran parte de los empleados de la fábrica, recopilando valiosa información para su defensa.

María lucía un vestido negro antiguo, remendado con cariño por su madre para la ocasión. Era sencillo, elegante y resaltaba discretamente sus curvas. Adam luchaba por controlar la dirección de su mirada, consciente de la atracción que sentía hacia ella. Su misteriosa personalidad y su aura de perfección la envolvían de un modo irresistible.

En un intento por mantener una conversación ligera y no romper el ambiente tranquilo que había entre ellos, Adam decidió no indagar sobre la vida personal de María. Optaron por hablar de temas intrascendentes, como el aliño de las ensaladas o los últimos estrenos de Hollywood. Aunque por un instante, Adam se dejó llevar por la idea de poder conocerla en un nivel más profundo, de descubrir qué se ocultaba detrás de esa fachada tan hermética.

Una parte de Adam, que intentaba ignorar, le susurraba que sería maravilloso poder despojar a María de su vestido esa noche. Sin embargo, sabía que esos pensamientos no eran correctos ni apropiados. María merecía un hombre que la respetara y que construyera con ella una relación seria y significativa. Además, conquistar a una mujer tan cerrada y reservada como ella parecía una tarea desalentadora.

Mientras tanto, María se sentía sorprendentemente relajada y despreocupada. El delicioso vino blanco que acompañaba su exquisito pescado había suavizado su habitual estrés, permitiéndole disfrutar de una conversación ligera y amena con Adam. Él se revelaba como un magnífico conversador, dotado de un gran sentido del humor que la hacía reír genuinamente.

En ese momento, las palabras de su madre resonaron en la mente de María: "Ten cuidado". Sin embargo, la idea de dejar a un lado todas sus preocupaciones y entregarse a una noche memorable con aquel hombre despertaba un deseo que creía haber olvidado por completo.

Los pensamientos se entremezclaban en la mente de María mientras compartían risas y disfrutaban de la velada. La tensión y la atracción entre ellos era palpable, aunque ninguno se atrevía a cruzar esa línea invisible que los separaba.

Ambos, sumidos en sus propios anhelos y deseos, dejaron que el momento fluyera, sin saber qué les depararía el futuro ni cómo aquella chispa de atracción podría transformar sus vidas. Por ahora, solo podían deleitarse con la compañía del otro y disfrutar de una noche en la que los problemas y las preocupaciones quedaban temporalmente olvidados.

Adam y María entran en el lujoso hall del hotel después de una cena de trabajo, pero compartiendo una energía especial que les es innegable. Ambos están inmersos en una lucha interna entre sus deseos y las consecuencias que podrían enfrentar.

María camina junto a Adam, sintiendo la tensión en el aire y el pulso acelerado de su corazón. No sabe qué esperar de él en ese momento. ¿Intentará algo más? ¿La besará? La incertidumbre se apodera de su mente mientras se pierde en los ojos grises y el cabello rubio de su jefe, dejando su cerebro paralizado.

Adam, por su parte, no puede dejar de pensar en cómo María no se parece a ninguna otra mujer que haya conocido. Lo que siente hacia ella es diferente, inquietante. No puede negar la atracción que lo consume, pero también sabe que no es correcto. Ella es su secretaria, él es su superior y su situación económica vulnerable solo aumenta su sentido de responsabilidad y ética. Se repite a sí mismo una y otra vez que no puede aprovecharse de una persona débil.

Cuando llegan al ascensor, María se encuentra en un estado de confusión y deseo, pero antes de que puedan entrar, la puerta se abre de golpe y Samantha aparece, finalmente los ha encontrado.

— ¿Así que aquí es donde te escondes? ¿Y sin avisarme del viaje? ¡Era fundamental para el bufete, Adam! —dice Samantha en tono acusador.

Adam se mantiene firme y directo en su respuesta, mientras María siente un nudo en el estómago.

—No era necesaria tu presencia, Samantha. No te he invitado y no necesito que estés aquí — responde él con una indiferencia pasmosa.

María decide que es hora de marcharse, de escapar de esa situación incómoda y dolorosa. Con voz baja, se despide de ellos antes de apresurarse escaleras arriba hacia su habitación.

—Buenas noches, Adam, Samantha.

Una vez que María se ha ido, Samantha arremete contra Adam, expresando sus celos e insultándolo.

—¡Intentar tirarte a tu secretaria, eres un cerdo!

Adam la mira con indiferencia, pero su tono es claro y contundente.

—Quiero irme a dormir, Samantha. No estoy de humor para aguantar tus celos patológicos una vez más. La operación en Chicago ha sido un éxito, y la elección de mi compañía en mi cama no es asunto tuyo. María, mi secretaria, jamás se acostaría conmigo, porque tiene demasiada clase como para intentar seducir a su jefe. Pero te diré algo: me gusta mucho ella, y no voy a permitir que nadie, absolutamente nadie, le haga daño.

Samantha queda momentáneamente sin palabras, impactada por la frialdad y determinación de Adam. Sin decir una palabra más, él se aleja, dejándola atrás.

Adam entra a su habitación, abrumado por la intensidad de sus sentimientos por María y la necesidad de protegerla. Mientras se recuesta en la cama, su mente está llena de dudas y preguntas sobre el futuro de su relación con María, pero una cosa está clara: hará todo lo posible para mantenerla a salvo y respetarla, incluso si eso significa luchar contra sus propios deseos.

Adam llama a la puerta de la habitación de María, con el corazón acelerado por la tensión emocional que ha estado experimentando. La discusión con Samantha y la conversación que tuvieron previamente han dejado en claro que hay algo más entre ellos, una conexión que ha estado creciendo silenciosamente.

María está en medio de ordenar algunos papeles cuando levanta la vista y se encuentra con Adam parado en la puerta que ella en el descuido de la situación había olvidado cerrar. Sus miradas se encuentran y ambos se sienten atraídos magnéticamente el uno hacia el otro.

—María, necesitaba venir y disculparme nuevamente por lo ocurrido. No quiero que te sientas atrapada en medio de nuestros problemas.

—No tienes que disculparte, Adam. Ya lo hiciste. Estoy bien.

La tensión romántica entre ellos sigue creciendo, cada palabra compartida y cada mirada intercambiada profundizando la conexión.

—María...

Antes de que termine su frase, Adam se acerca a ella con determinación y la besa suavemente. María se sorprende por un instante, pero rápidamente se rinde a la intensidad del beso, dejándose llevar por la emoción que ha estado reprimiendo.

El beso es apasionado, cargado de anhelos y deseos contenidos durante mucho tiempo. Pero pronto, la conciencia los alcanza y Adam se separa lentamente de ella, con expresión de disculpa en su rostro.

—Lo siento. No debí haber hecho eso —dice él

María, todavía sintiendo el efecto del beso, se recupera y lo mira con una mezcla de sorpresa y

comprensión.

—No, Adam, yo también... no puedo negar que he sentido lo mismo.

La tensión en la habitación es palpable, y ambos son conscientes de que han cruzado una línea delicada.

— Es complicado —dice él—. No quiero que te sientas presionada, ha sido un impulso. No volverá a pasar, te lo prometo... —Adam está muy afectado por el hecho de haber perdido el control sobre sí mismo, algo que nunca le había sucedido antes—. Lo siento.

—Tienes razón, hay una frontera que no debemos cruzar. Yo no estoy preparada para algo así, fueras o no fueras mi jefe, no tengo hueco en mi vida para nadie más —dice ella con los ojos súbitamente llenos de lágrimas.

Adam toma suavemente el rostro de María entre sus manos, mirándola con ternura.

— Lo último que quiero es que te sientas presionada o incómoda. Eres una persona increíble y mereces ser feliz, incluso si eso no me incluye a mí en la ecuación.

María se siente conmovida por sus palabras, apreciando la honestidad y el cuidado que muestra hacia ella.

—Gracias... —murmura ella aún aturdida.

Adam le da una última mirada significativa antes de alejarse, dejando la habitación y la tensión romántica detrás. María se queda sola, sintiendo una mezcla de emoción y confusión por lo que acaba de suceder.

La escena se desvanece con el eco del beso en el aire, dejando a ambos con una nueva comprensión de sus sentimientos y la promesa de respetar el límite que han establecido.

En el avión, Adam se muestra concentrado e inmerso en su trabajo. Sentado en su asiento, con el portátil sobre la mesita, desliza los dedos por el teclado con agilidad y precisión. Su mirada se centra en la pantalla, su mente enfocada en resolver cada asunto pendiente con la dedicación que lo caracteriza. Es un hombre increíblemente trabajador, siempre buscando la eficiencia y aprovechando cada resquicio de tiempo para avanzar en sus responsabilidades.

A su lado, María está sentada, pero se muestra más tranquila que en días anteriores. Antes de embarcar, tomó un ansiolítico para calmar sus nervios y poder afrontar el viaje de manera más relajada. Aunque el beso que compartieron en el hotel aún flota en el aire entre ellos, ninguno se atreve a mencionarlo en voz alta. Lo recuerdan constantemente en silencio, y es como si esa complicidad secreta los uniera de manera invisible.

El ambiente en el avión es sereno y discreto. Adam y María están cerca, compartiendo el

mismo espacio físico, pero sus mentes parecen inmersas en sus propios pensamientos. Aunque el trabajo de Adam le exige estar siempre alerta, de vez en cuando desvía la mirada de la pantalla y observa de reojo a María, tratando de comprender lo que pasa por su mente.

En el avión, Adam intenta concentrarse en su trabajo, pero su mente sigue divagando hacia María. No puede quitarse de la cabeza el dulce recuerdo del beso que compartieron la noche anterior. Siente cómo su corazón se acelera al pensar en ella y en lo que podrían tener juntos.

Anhela tenerla cerca, abrazarla y demostrarle lo que significa para él. Sin embargo, también siente la frustración de no poder hacerlo en ese momento, ya que están en un lugar público y no es apropiado mostrar sus sentimientos tan abiertamente.

Mientras observa a María sentada a su lado, se pregunta cómo es posible que una mujer pueda tener ese efecto sobre él. Nunca antes había sentido algo así por alguien, y la idea de perderla o de que no sienta lo mismo le causa un nudo en el estómago.

Quisiera poder decirle lo que siente, pero sabe que es complicado, que hay muchos obstáculos entre ellos. Además, no quiere apresurar las cosas ni ponerla en una situación incómoda. Quiere que María se sienta segura y cómoda a su lado, y eso significa respetar su espacio y tiempo.

Mientras continúa trabajando en su ordenador, roza accidentalmente la mano de María, lo que hace que ambos se sonrojen ligeramente. Ese simple contacto le hace sentir una conexión especial con ella, como si sus almas estuvieran conectadas de alguna manera.

A pesar de la incertidumbre y los miedos, Adam sabe que lo que siente por María es real y profundo. No quiere dejarla ir, está dispuesto a luchar por su amor y a enfrentar los desafíos que vengan.

En silencio, Adam le dedica una mirada cariñosa a María, esperando que sus ojos puedan transmitirle todo lo que siente.

María, por su parte, mantiene la vista fija en el paisaje que se despliega a través de la ventana. Trata de calmarse, de no pensar demasiado en lo sucedido la noche anterior, pero es inevitable. El latido de su corazón se acelera cada vez que recuerda el beso, la intensidad del momento, y cómo sus labios se fundieron en un instante de pasión y deseo compartido.

El avión sigue surcando los cielos, y la conexión entre Adam y María se hace cada vez más profunda, aunque silenciosa. Ambos se resisten a darle voz a lo que sienten, temerosos de las consecuencias que podría tener para su relación laboral y la estabilidad del bufete.

El tiempo parece detenerse en ese vuelo, como si estuvieran suspendidos en un espacio entre la realidad y la fantasía. Ambos se preguntan si podrán mantener este equilibrio, si podrán seguir trabajando juntos sin que los sentimientos interfieran en su desempeño profesional.

El avión continúa su trayecto, llevándolos hacia un destino desconocido, y ellos dos siguen compartiendo ese espacio de silencio cómplice. Cada vez que sus miradas se cruzan, sienten un cosquilleo en el estómago, una sensación que va más allá de lo profesional.

La travesía se extiende, y mientras el avión se adentra en las alturas, Adam y María se enfrentan a sus propios dilemas internos. Ambos saben que algo ha cambiado entre ellos, que ya no pueden ignorar lo que sienten. Pero también saben que deben encontrar una manera de equilibrar sus emociones y responsabilidades si quieren mantener la estabilidad en sus vidas.

El vuelo continúa, y el silencio entre Adam y María se vuelve cada vez más elocuente. Ambos saben que tienen mucho que hablar, pero también saben que el momento adecuado aún no ha llegado.

En unas horas aterrizarán en Nueva York y tendrán que fingir, no sin esfuerzo, que todo sigue igual.

CAPÍTULO 9

La jornada en el bufete había dejado a Adam con una sensación de inquietud que no podía ignorar. La discusión con Samantha había desencadenado un torbellino de emociones en su interior, pero lo que más le preocupaba era María. Desde el viaje a Chicago, había notado un cambio en ella, una tristeza oculta que lo desconcertaba.

Decidido a descubrir qué estaba pasando, Adam tomó una decisión arriesgada: seguir a María discretamente después del trabajo. Sabía que era una intromisión en su privacidad, pero no podía soportar verla tan afectada y no hacer nada al respecto.

Así que, con el corazón en la mano y la cautela en cada paso, Adam la siguió en la distancia hasta que llegaron al cementerio. Observó con pesar cómo María se acercaba a una tumba y dejaba con delicadeza unas flores frescas sobre ella. La tristeza en sus ojos lo desgarró por dentro.

Desde su escondite, Adam presenció cómo María se derrumbaba en silencio junto a la tumba de su difunto esposo. Sus lágrimas eran como puñales en su corazón, y su instinto protector se activó con fuerza. Quería correr hacia ella y abrazarla, pero sabía que no podía entrometerse en su dolor tan íntimo.

No obstante, la impotencia lo llevó a dar un paso adelante sin pensarlo. Corrió hacia María y la abrazó con fuerza, deseando ser su refugio en medio de su tormento emocional.

María se sorprendió por un instante, pero pronto se dejó llevar por el consuelo que Adam le ofrecía. Sus brazos la rodearon con ternura y ella se aferró a él, sintiéndose protegida y vulnerable a la vez.

Adam pudo sentir el temblor en el cuerpo de María y la fragilidad que ocultaba bajo su apariencia fuerte. La vio sollozar en silencio, y cada lágrima que derramaba lo hacía sentir más cerca de ella.

Finalmente, María logró tranquilizarse lo suficiente para hablar. A través de su voz entrecortada, confesó que el hombre enterrado allí era su esposo, quien había fallecido en un accidente hacía dos años. Adam sintió cómo se le encogía el corazón al escuchar su dolor.

—Lo siento tanto, María. No tenía idea... — murmuró Adam con voz quebrada, acariciando suavemente su cabello.

María asintió, aceptando sus disculpas, pero Adam sabía que había mucho más que decir. Se sentía como si estuviera en una encrucijada, debatiéndose entre ofrecerle su ayuda y no entrometerse en su vida privada.

María lo miró con gratitud, y él pudo ver en sus ojos la mezcla de tristeza y aprecio. Sabía que

quería ser un apoyo para ella, pero también sabía que necesitaba respetar su espacio y su privacidad.

En ese momento, Adam se sintió dividido entre sus sentimientos intensos hacia su secretaria y su deseo de protegerla sin perturbar su intimidad. Sabía que tenía que encontrar un equilibrio entre el cuidado y el respeto hacia ella.

Con un asentimiento, Adam la ayudó a levantarse y la acompañó de regreso a su coche. En el trayecto, el silencio prevaleció, pero la complicidad entre ellos era innegable. Ambos compartían un vínculo especial que trascendía las palabras, pero Adam sabía que debía ser paciente y permitir que María se abriera a su ritmo.

Cuando llegaron a la casa de María, ella bajó del coche y lo miró con cariño.
—Gracias por llevarme y por escucharme, Adam".

Adam sonrió suavemente, sintiendo una mezcla de tristeza y gratitud por la conexión que compartían.

—Cuenta conmigo... Para lo que necesites —dijo muy serio.

María asintió, sintiendo un nudo en la garganta mientras se alejaba de él.
—Adiós, Adam.

—Hasta mañana —respondió Adam con calidez, observándola mientras se alejaba.

Aunque deseaba poder aliviar todo su dolor, sabía que debía respetar su espacio y darle tiempo para sanar.

El ático de Adam ofrecía una vista impresionante de la ciudad de Nueva York iluminada por la noche. Mientras observaba los destellos de luces en la distancia, su mente se llenó de pensamientos sobre su pasado y la lucha que había enfrentado para llegar hasta donde estaba.

La imagen de su madre trabajando incansablemente para mantener a la familia se proyectaba en su mente como un recuerdo constante de su infancia. Recordaba las noches en las que apenas podían permitirse tener una cena decente, pero su madre siempre encontraba una manera de mantenerlos unidos y esperanzados.

El camino hacia el éxito profesional no había sido fácil para Adam. Había trabajado arduamente, estudiado en una universidad pública y luchado para obtener becas y oportunidades que le permitieran sobresalir. Había superado muchas dificultades y desafíos para convertirse en el exitoso abogado que era hoy.

Mientras observaba las luces centelleantes de la ciudad, Adam no pudo evitar pensar en María. Su valentía y determinación para enfrentar sus propios desafíos lo impresionaban. Admiraba la fuerza con la que llevaba adelante su vida y cómo se esforzaba para cuidar de su

familia.

Sin embargo, la negativa de María a aceptar su ayuda le generaba frustración. Desde que la conoció, había sentido un impulso genuino de querer estar ahí para ella, al igual que había deseado que alguien lo hubiera estado para él en su momento más difícil.

Era consciente de que María era una mujer fuerte e independiente, pero no podía evitar sentirse impotente al verla lidiar con sus problemas sola. Para él, era tan sencillo ofrecerle los recursos y el apoyo que necesitaba, pero comprendía que para ella significaba mucho más que eso.

Adam suspiró y se llevó una mano a la frente mientras seguía reflexionando. A pesar de su frustración, también sabía que la situación de María era compleja y delicada. No quería imponerse en su vida ni forzar su ayuda, pero tampoco podía ignorar la necesidad que sentía de estar ahí para ella.

Sus pensamientos se entrelazaban entre el deseo de acercarse a María y el respeto por su autonomía. Sabía que debía encontrar el equilibrio adecuado y respetar sus decisiones, incluso si eso significaba mantenerse en la distancia.

En ese momento, Adam se sintió dividido entre la admiración y la frustración. Admiraba la fortaleza de María y su determinación para seguir adelante por sí misma, pero también lamentaba no poder brindarle el apoyo que sentía que necesitaba.

A medida que las luces de la ciudad seguían brillando, Adam se dio cuenta de que su relación con María iba más allá de lo profesional. Sentía una conexión especial con ella, una comprensión mutua que los unía de una forma única.

Tomando una decisión, Adam decidió que, aunque no pudiera brindarle toda la ayuda que deseaba, estaría ahí para ella de la mejor manera posible. Respetaría sus decisiones y la apoyaría desde la distancia, ofreciéndole su amistad y su aprecio incondicional.

Las luces de la ciudad eran un recordatorio de que siempre habría un camino iluminado para la esperanza y que, sin importar lo difícil que fuera el pasado, siempre habría una oportunidad para un futuro mejor.

CAPITULO 11

La tarde caía sobre el bufete mientras Adam y María trabajaban codo a codo en la revisión de los expedientes. De repente, el teléfono de Adam sonó y su semblante se volvió pálido al escuchar la noticia que tanto temía. Su madre había sufrido un infarto grave y estaba luchando por su vida en el hospital.

La angustia se apoderó de Adam mientras intentaba asimilar la noticia. María, sin dudarlo, se acercó a él y lo abrazó suavemente, ofreciendo un apoyo incondicional. Sabía que este era un momento crítico en la vida de su jefe y estaba decidida a estar a su lado en cada paso del camino.

María tomó la iniciativa y se aseguró de que todo estuviera en orden. Avisó a su madre que probablemente llegaría tarde a casa, explicando que había surgido un imprevisto con la madre de Adam. Agradeció en silencio que su madre estuviera bien y que no necesitara su ayuda inmediata.

Al llegar al hospital, María permaneció a su lado, apoyándolo en cada paso. Conocer a su hermano, el piloto, les permitió compartir anécdotas y momentos que los acercaron aún más.

En la sala de espera del hospital, el tiempo parecía detenerse mientras esperaban noticias sobre la madre de Adam. La tensión en el ambiente era palpable, y María no podía evitar sentir un nudo en el estómago. Deseaba con todas sus fuerzas que todo saliera bien.

Adam agradeció en silencio la presencia de María a su lado. Su apoyo incondicional le daba fuerzas para enfrentar aquel momento de incertidumbre. Los roces accidentales de sus manos mientras buscaban consolarse mutuamente, hicieron que Adam notara una electricidad especial entre ellos, una conexión que no podía ignorar.

En medio de la ansiedad, encontraron pequeños momentos de tranquilidad y risas compartidas. Adam descubrió que con María a su lado, la carga emocional se hacía más llevadera. La forma en que lo miraba con cariño y preocupación lo hacía sentirse comprendido y reconfortado.

El tiempo seguía transcurriendo, y la espera se hizo interminable. María se aferró a la mano de Adam con ternura, encontrando consuelo en el contacto cercano. En esos instantes de vulnerabilidad, Adam sintió una conexión más profunda con su secretaria, una cercanía que iba más allá de lo profesional.

María admiraba la fortaleza de Adam, cómo lidiaba con el dolor sin desmoronarse. Su capacidad para enfrentar la adversidad y seguir adelante la inspiraba y le hacía apreciar aún más al hombre que tenía frente a ella.

Finalmente, el médico salió con el rostro serio, y María apretó su mano con fuerza. Adam sostuvo la respiración mientras escuchaba las palabras del médico.

"Lo siento mucho, pero su madre ha fallecido."

El dolor se apoderó de Adam, y María lo abrazó con suavidad, dejándole espacio para llorar y expresar su dolor. En ese momento, Adam se dio cuenta de que María había sido su pilar en esta situación, brindándole su apoyo incondicional y siendo su fortaleza en medio de la tormenta.

La tristeza los unió aún más, y mientras compartían su dolor, también compartían un vínculo más profundo y significativo. En medio de la pena, Adam descubrió que María era mucho más que su secretaria; era su amiga y confidente, alguien en quien podía apoyarse en los momentos más oscuros.

María sintió una mezcla de tristeza y gratitud por estar allí para Adam en este momento difícil. Había visto una faceta de él que pocas personas conocían, y se sentía honrada de ser parte de su apoyo. Admiraba su fortaleza y determinación para enfrentar la adversidad, y se daba cuenta de que su conexión había evolucionado a algo más profundo que una relación laboral.

Con el corazón apretado por el dolor y la compasión, María tomó una decisión. Sabía que Adam necesitaba compañía y apoyo en este momento, y no quería dejarlo solo en su ático mientras enfrentaba esta tristeza abrumadora.

Antes de que la noche cayera por completo, María llamó a su madre y le explicó la situación. Asegurándose de que no hubiera problema, le pidió que cuidara de Irene para poder estar con Adam.

De regreso al ático, María encontró a Adam sumido en un mar de recuerdos y emociones. Sin decir una palabra, se sentó junto a él en el sofá, sosteniendo su mano con ternura. La calidez de su abrazo le brindó a Adam la sensación de no estar solo en medio de su dolor.

Juntos, se abrazaron toda la noche, buscando consuelo y fuerzas el uno en el otro. No hicieron falta palabras; sus gestos y miradas transmitían todo lo que necesitaban decirse. A través del abrazo, Adam sintió el apoyo incondicional de María, la comprensión que no necesitaba explicaciones, y la presencia que le dio la fortaleza para enfrentar la pérdida de su madre.

Esa noche, en el ático iluminado por la tenue luz de la luna, María y Adam se aferraron a esa conexión especial que los unía. No había necesidad de palabras para expresar lo que sentían; bastaba con estar juntos, sintiendo el consuelo y la compañía mutua.

Con el pasar de las horas, el dolor se hizo más soportable gracias al apoyo de María. Adam se sentía agradecido por tenerla a su lado, por compartir ese momento de vulnerabilidad y tristeza con alguien que entendía su dolor sin juzgarlo.

Al amanecer, la luz del sol iluminaba el ático, trayendo un nuevo día lleno de incertidumbre pero también de esperanza. A través de la noche compartida, Adam y María habían fortalecido su conexión, y ambos se dieron cuenta de que había algo más entre ellos que una simple relación laboral.

En el silencio de la mañana, Adam miró a María con gratitud en sus ojos y supo en lo más profundo de su corazón que estaba enamorado de ella. No era solo una atracción pasajera, sino un sentimiento profundo y genuino que había crecido con el tiempo y las experiencias compartidas en aquellos meses en los que se habían conocido tanto profesionalmente como a nivel personal.

Sin embargo, también era consciente de la delicadeza de la situación. El dolor de la pérdida de su madre aún estaba presente, y no quería apresurar nada. Quería estar seguro de que sus sentimientos eran verdaderos y sólidos antes de dar el siguiente paso.

Pero una cosa estaba clara en su mente: María era especial, alguien que había llegado a su vida en el momento justo y había sido un apoyo incondicional en los momentos más difíciles.

La mañana siguiente, la luz del sol se colaba tímidamente por las cortinas del ático mientras Adam y María desayunaban juntos. Aunque la tristeza de la noche anterior todavía se reflejaba en sus ojos, también había un sentimiento de cercanía y complicidad entre ellos.

María había pasado la noche en el ático para brindarle apoyo a Adam en ese difícil momento. Antes de partir, había llamado a su madre para asegurarse de que no había problemas en quedarse fuera, ya que necesitaba estar junto a su jefe en un momento tan crucial.

La confusión acerca de Samantha seguía presente en la mente de María, y finalmente decidió preguntar a Adam sobre su situación.

—Adam, perdona mi atrevimiento, pero ¿por qué Samantha no te ha acompañado en este momento tan importante si es tu esposa? —preguntó con cuidado, tratando de entender la situación.

Adam, con un tono serio y algo de furia en sus ojos, respondió:

—Samantha y yo nos divorciamos hace años, y no entiendo por qué ha decidido interponerse en mi vida de esta manera y mentirme al respecto...

María se sintió aliviada por la aclaración, pero también indignada por la actitud de Samantha. La mujer había intentado sembrar la duda y la confusión en su mente, y eso no le gustaba nada.

—Lo siento, Adam. No quería interponerme en tu vida personal, pero ella fue quien me dijo que erais pareja cuando llegué al bufete —explicó María, tratando de ser honesta.

Adam la miró comprensivamente.

—No te preocupes, entiendo por qué pudiste haber pensado eso. Pero quiero que sepas que lo que siento por ti es diferente a cualquier relación pasada que haya tenido. Eres especial para mí —expresó con sinceridad.

Aunque el alivio la invadió, María sabía que necesitaba tiempo para procesar todo lo sucedido.

—Necesito tiempo para asimilarlo todo, Adam —admitió con sinceridad.

Él asintió, respetando su espacio y sus emociones.

—Tómate el tiempo que necesites, estaré aquí para ti —aseguró, sintiendo que quería estar a su lado en cada paso del camino.

Durante el desayuno, compartieron miradas significativas y abrazos reconfortantes. No necesitaban palabras para expresar lo que sentían, la conexión entre ellos era profunda y genuina.

Cuando la mañana avanzó, María se preparó para marcharse. Tenían que administrarle el último ciclo de quimioterapia a su madre esa misma tarde, y quería estar allí para apoyarla. "Adam, gracias por todo, pero tengo que irme a casa. Es un día importante para mi madre y mi hija —explicó con cariño.

Adam se ofreció a ayudarlas en lo que necesitaran, pero María rechazó la oferta con una sonrisa triste.

—Aún no sé cómo decirles que me he vuelto a enamorar, pero no precisamente de la persona indicada —confesó con un dejo de preocupación.

Él la miró con dulzura y comprensión.

—Te entiendo, María. Tómate el tiempo que necesites, y cuando estés lista, estaré aquí para apoyarte —aseguró.

María asintió agradecida y se despidió con un abrazo lleno de cariño. Sabía que este era solo el comienzo de un camino emocionalmente complicado. Aún recordaba ese beso en el hotel de Chicago, cada noche. Un beso que aún no se había vuelto a repetir.

CAPÍTULO 12

El sol brillaba en el cielo y las hojas de Central Park se vestían de colores cálidos mientras María, su madre y la pequeña Irene disfrutaban de una agradable comida en un restaurante cercano. La felicidad se respiraba en el aire, y la sonrisa de María reflejaba la dicha que sentía por la recuperación de su madre y el crecimiento de su hija.

La salud de su madre había mejorado notablemente en los últimos meses, y las revisiones médicas seguían mostrando resultados positivos. María estaba agradecida cada día por este milagro y disfrutaba cada momento compartido con su familia.

La situación económica también había mejorado, y gracias a la estabilidad financiera del bufete, María se estaba planteando dejar el trabajo en el bar en un futuro, pero aún le daba un dinero extra y tenía en mente la importancia de tener algo de dinero ahorrado en el banco. Sin embargo, Adam había sido comprensivo y generoso, ofreciéndole más responsabilidad y un merecido aumento de sueldo, a pesar de que ella insistía en que no era necesario.

Más adelante, tendría que abandonar su trabajo nocturno, pero podía aguantar un poco más, se decía a sí misma.

Aun así, en medio de toda esta felicidad, había algo en el fondo del corazón de María que aún no había resuelto, y eran sus sentimientos hacia su jefe. Su madre, siempre perceptiva, lo notó y decidió abordar el tema de manera delicada.

"Mija, veo que estás feliz y que la vida te está sonriendo. Pero también veo que hay algo que te preocupa", dijo su madre mientras acariciaba su mano.

María suspiró y miró a su madre con sinceridad en los ojos. Sabía que no podía ocultarle nada.

"Sí, mamá. La verdad es que hay algo que me tiene inquieta", confesó María.

La madre asintió comprensiva, alentándola a hablar.

"Estoy enamorada de Adam", admitió finalmente María. "Siento algo muy especial por él, pero he decidido apartar ese tema de mi vida por el momento. No me siento capaz de iniciar una relación, especialmente porque trabajamos juntos."

La madre asintió con una sonrisa, apreciando la honestidad de su hija.

"Es comprensible, mi amor. El amor es un sentimiento hermoso, pero también puede ser complicado cuando las circunstancias no son las más adecuadas", dijo su madre. "Pero cuéntame más sobre él. ¿Crees que él siente lo mismo por ti?"

María bajó la mirada, pensativa. "Sí, mamá, creo que también siente algo por mí. Hemos compartido momentos especiales, hemos sido cómplices y hay una conexión entre nosotros. Pero

ambos hemos decidido no cruzar esa línea para no afectar nuestra relación laboral."

La madre sonrió con ternura. "Entiendo tus preocupaciones, hija, pero también te diré que la vida está llena de oportunidades y que no siempre se presentan segundas chances. Si de verdad sientes algo por él y él siente lo mismo por ti, tal vez deberías explorar esa posibilidad en el futuro, cuando las cosas estén más claras."

María asintió, agradeciendo el apoyo y el consejo de su madre. "Tienes razón, mamá. Por ahora, solo quiero disfrutar de este momento de felicidad con ustedes y con Irene. El tiempo dirá qué depara el futuro."

Tras la comida, María y su madre llevaron a Irene a dar un paseo por el parque. Mientras caminaban entre los árboles y las risas de la niña, María se permitió soñar con un futuro en el que pudiera explorar esos sentimientos por Adam sin temor.

Pero sabía que por el momento, lo más importante era disfrutar de la vida que tenía, agradecer las bendiciones recibidas y fortalecer los lazos con su familia. Con el apoyo incondicional de su madre y la esperanza en su corazón, estaba segura de que el destino les tenía preparado algo especial para ella y Adam.

El futuro era incierto, pero María estaba lista para enfrentarlo con valentía y determinación. Y si el amor estaba destinado a cruzar su camino nuevamente, estaría preparada para recibirlo con los brazos abiertos y el corazón lleno de esperanza.

El bullicio de la oficina se detuvo momentáneamente cuando un hombre apuesto y seguro de sí mismo entró por las puertas del bufete. Era Richard Hamilton, un abogado famoso y reconocido en todo el Estado. Su reputación lo precedía, y su llegada al bufete de Adam Johnson causó un revuelo entre los empleados.

María, ocupada en su trabajo, apenas levantó la mirada cuando Richard pasó por su mesa. Sin embargo, la presencia del nuevo abogado no pasó desapercibida para él. Richard se detuvo frente a María, cautivado por su belleza y la elegancia con la que se movía. Decidió romper el hielo y se inclinó hacia ella con una sonrisa seductora.

"Disculpa, ¿te importaría decirme tu nombre?", preguntó Richard con voz encantadora.

María levantó la mirada, y en sus ojos se reflejaba una chispa de burla. Le costaba creer que aquel hombre se atreviera a interrumpir su trabajo de esa manera.

"Soy María, la secretaria personal del Sr. Johnson", respondió con una nota de sarcasmo.

Richard no pareció intimidado por la actitud de María y continuó con su encanto. "Un placer conocerte, María. Soy Richard Hamilton, estoy seguro de que has oído hablar de mí."

María sonrió de forma irónica y se limitó a asentir. No estaba impresionada por la fama de Richard y su confianza arrogante.

En ese instante, Adam observaba la escena desde su despacho a través del cristal. La sangre le hervía de celos al ver cómo Richard se acercaba a María, y una incomodidad se apoderaba de él. No podía evitar sentirse amenazado por la presencia del nuevo abogado y su evidente atracción hacia su secretaria.

Mientras tanto, Richard intentaba mantener una conversación con María, pero ella se mostraba distante y poco interesada en sus halagos.

"Me gustaría conocer más sobre ti, María. Tal vez podamos salir a tomar un café después del trabajo", sugirió Richard con una sonrisa coqueta.

María se sorprendió por la audacia del abogado y no pudo evitar soltar una risa suave. "Lo siento, pero no estoy interesada. Además, el Sr. Johnson es muy estricto con respecto a las relaciones personales en el trabajo."

Richard pareció no rendirse tan fácilmente y continuó intentando conquistarla con su encanto. Sin embargo, María se mantuvo firme y decidió ignorar sus insinuaciones.

Adam, desde su despacho, sentía que la sangre le latía en las sienes mientras veía la escena. No podía soportar la idea de que Richard intentara conquistar a María, y se llenó de un deseo de protegerla y demostrarle que él era el único que realmente la merecía.

Finalmente, Richard se dio por vencido y se alejó de la mesa de María con una sonrisa forzada. Aunque había sido rechazado, no parecía estar afectado por ello y continuó su camino con la misma confianza.

María, por su parte, retomó su trabajo como si nada hubiera pasado, pero en el fondo, sentía la mirada intensa de Adam sobre ella. Sabía que su jefe estaba celoso, y eso le produjo un sentimiento de satisfacción y nerviosismo a la vez.

Esa tarde, en su despacho, Adam buscó una excusa para llamar a María y asegurarse de que se encontraba bien. No pudo evitar expresar su malestar por la interacción con Richard.

"María, ¿estás bien? Vi lo que pasó con ese abogado nuevo. No quiero que nadie te haga sentir incómoda en este lugar", dijo Adam con una mezcla de preocupación y enojo.

María sonrió con dulzura, reconociendo el gesto protector de su jefe. "No te preocupes, Adam. Estoy bien y sé cómo cuidar de mí misma. Además, no tienes nada de qué preocuparte. Ese tipo no es mi tipo", aseguró con una mirada significativa hacia él.

Adam sintió un alivio instantáneo al escuchar esas palabras y una calidez invadió su corazón. Sabía que no podía negar sus sentimientos por María y que estaba dispuesto a luchar por ella.

En el fondo, ambos eran conscientes de que la llegada de Richard había desatado un conflicto cotidiano que no era para nada previsible.

Ahora que María se sentía más tranquila, pues sus problemas familiares habían mejorado considerablemente, así como sus económicos, sí empezó a pensar que tal vez en un futuro podría elegir a un hombre que la acompañara en la vida, y Richard le había hecho pensar que quizá podría esperar un tiempo a que pudiesen aparecer otros hombres y quizá, alguno, hacerle olvidar a su jefe, justo con quien no debía iniciar una relación porque pondría en peligro esa estabilidad económica que tanto le había costado conseguir.

Adam, por su parte, sabía que María había puesto una barrera entre ellos desde que falleció su madre. Tenía claro que ella sentía cosas hacia él pero que sus prioridades eran otras y aquello le generaba una frustración terrible.

Incluso había llegado a pensar en pedirle que se casara con él. Eso solucionaría todos sus problemas. Él correría con todos los gastos, le solucionaría prácticamente toda la vida, dejaría a su hija un buen futuro... Pero sabía que María era de la clase de mujeres que no hacían eso. Ella quería ganarse su propio pan y con su trabajo y su actitud lo había dejado claro.

Adam estaba muy inquieto con ese tema, sabía que era un hueso duro de roer y que quizá esa mujer no iba a ser para él a pesar de todo. Aquello rondaba su cabeza día tras día e incluso había logrado que su rendimiento en el bufete no fuera tan eficiente como lo había sido siempre.

Y ahora Richard, que no lo soportaba. Eso había abierto en su mente otro inquietante pensamiento: que María en algún momento iniciaría una relación con otro hombre. Eso iba a suceder: era muy bella, muy inteligente, muy íntegra, muy elegante.

Mierda, pensó. No había manera de resolver la maldita situación. ¡El mismísimo Adam Johnson! El que todo lo resuelve, menos su propia vida. Ah, eso no.

CAPÍTULO 13

María acudía día tras día al bufete, su corazón latiendo con la esperanza de que algo cambiara entre ella y Adam. Sin embargo, la situación parecía estancada. Compartían momentos a solas, se entendían bien, sus miradas se encontraban, y sus manos se rozaban de manera casi imperceptible, pero ninguno de los dos se atrevía a dar el primer paso.

Para María, era doloroso ver cómo otras mujeres sonreían a Adam a diario, y cómo él respondía con cortesía. La idea de que algún día él pudiera encontrar a alguien más la llenaba de angustia y temor, así que decidió que quizás era momento de abrir su corazón a otra posibilidad.

Richard, el nuevo abogado, había llegado al bufete causando revuelo. Todos lo admiraban por su fama y atractivo, y él no perdía oportunidad para coquetear con María. La simpatía que sentía hacia él era innegable, y pensó que si se esforzaba, quizás podría darle una oportunidad y dejar atrás sus sentimientos por Adam.

Una mañana, Richard le insinuó que tenía dos entradas para un prestigioso ballet y María, sorprendentemente para todos, aceptó con una sonrisa. Era consciente de que su decisión podría llegar a oídos de Adam, pero ya no quería seguir esperando a que él diera el primer paso.

Cuando la noticia llegó a los oídos de Adam, su rostro se puso pálido como la cera, y su corazón se sintió aplastado por una mezcla de celos y arrepentimiento. No podía soportar la idea de que María pudiera estar interesada en otro hombre, y menos en alguien como Richard.

El día transcurrió en silencio tenso entre María y Adam. Él se mostraba distante y evitaba cruzar miradas con su secretaria. María notaba la diferencia y se preguntaba qué había hecho mal para que Adam la tratara así.

Finalmente, al llegar a su ático esa noche, Adam estaba completamente atormentado. Los celos lo devoraban, y no podía dejar de imaginar a María en el ballet con Richard, riendo y disfrutando de su compañía.

En su interior, sabía que era él quien había provocado esa situación al no atreverse a confesarle sus sentimientos a María. Se sentía culpable y lleno de remordimientos por no haberse arriesgado antes.

Aquella noche Adam se vio solo, en su ático, luchando con sus emociones y su orgullo herido. La incertidumbre sobre lo que estaría haciendo María con Richard lo mortificaba, pero también despertaba en él la determinación de no perderla.

María se encontraba en el ballet junto a Richard, disfrutando del elegante y divertido espectáculo que tenían frente a ellos. Richard se mostraba galante y encantador, tratando de conquistarla con su presencia y halagos. Era guapo, elegante y exitoso, pero por más que intentara, María no podía evitar sentir que algo faltaba.

A pesar del glamour del lugar y los esfuerzos de Richard por impresionarla, su mente y corazón seguían anclados en Adam. Cada vez que una risa escapaba de sus labios, recordaba las veces que Adam había logrado hacerla reír con su humor inteligente y su cariño incondicional.

Las miradas de otros hombres hacia María no pasaban desapercibidas, pero su atención estaba completamente concentrada en el recuerdo de Adam. Las palabras y gestos de Richard se desvanecían ante la imagen de su jefe, y su corazón ansiaba estar a su lado en lugar de estar en ese ballet.

María comenzó a sentirse culpable por aceptar la invitación de Richard, sabiendo que sus intenciones no eran honestas. Se daba cuenta de que solo lo había hecho para intentar olvidar a Adam, pero la realidad era que estaba enamorada de él y nada podría cambiar eso.

Cuando Richard la elogió, tratando de halagarla con su encanto, María solo pudo esbozar una sonrisa cortés y asentir con educación. Su mente divagaba en pensamientos sobre Adam, recordando cómo la miraba con cariño y la protegía sin dudar.

El tiempo pasó, y el ballet llegó a su fin. Richard le propuso tomar una copa juntos, pero María educadamente declinó la oferta. Agradeció la velada, pero sabía que no podía seguir adelante con esa farsa. No podía engañarse a sí misma, su corazón pertenecía a Adam.

e repente, sin previo aviso, Richard se inclinó hacia ella y la besó suavemente en los labios. Fue un gesto inesperado y María se sintió sorprendida y confundida. Trató de buscar una chispa de emoción, de conexión, pero nada surgió en su interior.

Intentó convencerse a sí misma de que tal vez solo necesitaba un poco más de tiempo para conocer a Richard mejor, para que sus sentimientos cambiaran. Pero en el fondo, sabía que eso no era lo que realmente quería.

A medida que la noche avanzaba, María se dio cuenta de que su mente se desviaba constantemente hacia otra persona. No podía evitar pensar en Adam, en sus risas compartidas, en sus miradas cómplices, en la forma en que la hacía sentirse especial.

De regreso a su hogar, María se sentía aliviada de estar sola. En ese momento, supo que ya no podía seguir evitando sus sentimientos y necesitaba enfrentar la verdad. Sabía que estaba enamorada de su jefe, y no importaba cuánto intentara alejarse de él, su corazón siempre lo buscaba.

CAPÍTULO 14

El sol apenas comenzaba a asomar por los rascacielos de la ciudad cuando María llegó a la oficina. Sin embargo, la luz matutina parecía opacada por la tensión que se respiraba en el ambiente. Al entrar, encontró a Adam sentado en su despacho, con una mirada seria y unos ojos que reflejaban una tormenta de emociones.

—¿Adam? ¿Estás bien? —preguntó María con preocupación, notando de inmediato la tensión en el ambiente.

Adam la miró fijamente, sus labios apretados en una línea tensa.

—No, no estoy bien —respondió con seriedad— Anoche vi a Richard esperándote en la entrada del bufete. ¿Qué pasa entre ustedes?

María se sorprendió por la reacción de Adam y comprendió de inmediato que estaba celoso.

—Es solo un amigo, Adam —explicó con suavidad— Fuimos al ballet, nada más.

Adam frunció el ceño.

—Pero tú no eres solo una amiga para mí, María. Te amo, y no puedo soportar la idea de que estés saliendo con otro hombre —confesó sin rodeos.

Los ojos de María se llenaron de lágrimas mientras lo escuchaba.

—Adam, lo siento, pero no hay una posibilidad para nosotros. La situación es complicada y no quiero poner en riesgo tu reputación, ni la mía —explicó con tristeza.

Adam la miró con seriedad.

—¿Qué puedo hacer para que haya una posibilidad? Dime, María. Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para estar contigo —expresó con determinación.

María se mordió el labio, luchando contra sus propios sentimientos.

—No hay nada que puedas hacer, Adam. Es mejor que sigamos caminos separados y que yo empiece a buscar otro trabajo fuera del bufete —dijo con voz entrecortada.

Adam se espantó ante esa idea.

—No puedo permitir que te vayas, María. Si hace falta, yo renunciaré al bufete antes de dejarte ir, así no seré tu jefe y se acabará el problema —declaró.

Pero María negó con la cabeza, negándose a aceptar ese sacrificio.

—No, Adam. No puedo permitir que hagas eso. No voy a ser responsable de arruinar tu carrera —dijo con firmeza.

Adam la miró con intensidad.

—No me importa mi carrera si eso significa estar contigo. Te amo, María, y no quiero perderte —reiteró con seriedad.

María se levantó de su silla, incapaz de soportar la presión emocional que sentía.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí, Adam. Eres un gran jefe y una persona maravillosa, pero tenemos que ser realistas. No podemos estar juntos —expresó con dolor en su voz.

Con lágrimas en los ojos, María se dio la vuelta y salió del despacho de Adam. Caminó por el pasillo con el corazón roto, sabiendo que lo mejor para ambos era separarse. El amor que sentían era fuerte, pero la realidad laboral los separaba de una forma que parecía insalvable.

Adam la miró irse con el corazón hecho pedazos. Se sintió impotente, sabiendo que no había nada que pudiera hacer para cambiar la situación. Se quedó solo en su despacho, sintiéndose vacío y perdido.

María trabajaba en el bar, sumida en un mar de agotamiento físico y emocional. La idea de tener que abandonar el bufete y alejar definitivamente a Adam de su vida la tenía sumida en una profunda tristeza. Sin saberlo, todas las noches Adam acudía al bar, se sentaba en la sombra y la observaba en silencio. Veía cómo ella se desvivía por atender a los clientes, a pesar de su agotamiento. Le resultaba increíble que tuviera tanta energía para mantener dos trabajos.

Adam había aumentado el sueldo de María, esperando que eso la convenciera de dejar el bar y centrarse únicamente en el bufete. Pero ella no lo hizo, lo que significaba que aún no se habían recuperado económicamente. Esa noche era diferente, Adam sabía que María estaba a punto de abandonar su lado y eso le generaba una angustia inmensa. Sentía como si estuviera a punto de perder una parte fundamental de sí mismo.

Desde la distancia, Adam la observaba mientras eficientemente servía las copas a los clientes que se agolpaban en la barra. Llevaba un uniforme más provocativo, con un escote que dejaba ver lo impresionante de su cuerpo, y un maquillaje que resaltaba sus ojos. Era increíblemente sexy, tanto que Adam por las noches soñaba con tenerla en su cama. Pero esa noche no. Esa noche su sueño era convencerla de que no le apartara de su vida.

De repente, un hombre borracho se acercó a la barra. Desde lejos, Adam intuyó que algo no iba bien. El hombre comenzó a perseguir a María, intentando tocarla y acercarse demasiado a ella. Adam reaccionó rápidamente, avanzó hacia el hombre y le propinó un puñetazo, haciendo que huyera atemorizado. Adam era un hombre grande y musculoso, no era fácil desafiarse físicamente.

María, desde el otro lado de la barra, observó cómo Adam la rescató de esa situación incómoda. No sabía si sentir alivio porque la había protegido o vergüenza porque su jefe había descubierto su doble vida. Adam la tomó suavemente de la mano y caminaron juntos hacia el exterior del bar. María no pudo evitar derrumbarse y las lágrimas brotaron sin control.

Adam la abrazó con fuerza, besó su cabeza y le confesó que lo sabía desde el principio. Le dijo que había intentado ayudarla, pero que no quiso entrometerse más en su vida. María recordó

entonces el aumento de sueldo que había recibido y comprendió su gesto. Adam asintió gravemente y le confesó que su madre también había trabajado en un bar. Sabía lo que era lidiar con esa situación. Le aseguró que no se avergonzara, al contrario, la admiraba por ser una mujer fuerte y por aguantar tanto.

María, abrumada por el peso de la responsabilidad y el agotamiento, se derrumbó. Confesó que ya no podía más, que el exceso de trabajo y responsabilidad la desbordaba. Adam la escuchó con atención y la consoló. Le prometió que encontrarían una solución juntos, que no la dejaría sola en esa situación. La tomó de la mano y la llevó hacia su coche, decidido a encontrar una salida a esa situación que tanto la agobiaba.

La ciudad dormía cuando Adam detuvo el coche frente al apartamento de María. Irene dormía también. Y su madre.

Ambos guardaron silencio pero ninguno movió un solo dedo.

—No quiero aprovecharme de ti, Adam —dice María aún aturdida por aquel torrente emocional en el que estaba sumida—. No quiero que tus sentimientos hacia mí hagan que me favorezcas de ninguna manera. Me sentiría muy sucia, ¿entiendes?

Adam la comprendía. Por supuesto. Él nunca quiso aceptar favores de nadie a no ser que hubiese sido un asunto de vida o muerte.

—Que yo decida ayudarte, no depende de ti. Ya me has dejado claro que no quieres mi ayuda y eso lo único que hace es reforzar mi idea de que voy a ayudarte, de forma directa o indirecta. Sé que no buscas aprovecharte. Es precisamente eso lo que más especial te hace.

—No soy nada especial. Soy un saco de problemas que nadie debería llevar a su espalda —susurra ella con una lágrima rodando sobre su mejilla.

Adam la coge de las manos y la mira con intensidad.

—No te das cuenta, pero soy yo quien depende de ti. No al revés. No sabes la paz que siento cada mañana cuando me sonríes. Cuando me preguntas qué tal estoy. Cuando noto tu mano sobre mi hombro. Sé que me quieres por mí mismo, no por lo que tengo.

María está muda, pero demasiado cerca de los labios de Adam. Quizá pudiera repetirse lo de Chicado para ver cuánto de intensa es la realidad de sus sentimientos.

—Bésame —le pide de pronto ella—. No lo aguanto más.

Adam responde a esa llamada automáticamente, ambos no tardan encontrarse con sus cálidas bocas, ansiosas de descubrirse, exploradoras. María siente una punzada de deseo que la recorre el bajo vientre, algo que hace años que no experimentaba. Las manos de Adam, completamente descontroladas recorren su espalda y entonces la boca del abogado más prestigioso de Nueva York se desplaza hasta su cuello, devorándolo con cierta ternura y nublando los sentidos de ella, quien permite que las manos masculinas desabrochen su blusa y su sostén y la boca masculina siga descendiendo. Se escapa un gemido de María que enloquece a Adam, quien ha perdido todo el control de sus propios impulsos y rápidamente consigue tener a esa espectacular mujer encima de su cuerpo, devorando todo lo que encuentra a su paso y haciendo que ella grite dentro del coche. De nuevo sube a la boca. Otro beso largo y lento prolonga la agonía que ambos sienten desde hace mucho. Algo que no se puede alargar más.

Sin embargo, María de pronto siente un golpe de realidad en su conciencia y separa su boca de Adam.

—Para —dice ella entre jadeos—. Hay una frontera que si cruzamos, no hay vuelta atrás. Los ojos vidriosos de Adam contemplan la figura femenina desnuda y hermosa que tiene frente a él. Traga saliva y aprieta los dientes para contenerse. María se viste como puede ya de vuelta en el asiento del copiloto.

—Hasta mañana —susurra antes de bajarse del coche y desaparecer tras la puerta del portal.

Adam resopla. No recordaba haberse excitado así con una mujer jamás. Estaba completamente atrapado.

CAPÍTULO 15

María camina hacia el bufete con el corazón en un puño y la mente atormentada por la decisión que ha tomado. Ha pasado una noche sin dormir, reviviendo una y otra vez el encuentro con Adam en su coche. Sabe que no pueden seguir así, que es una locura mantener una relación romántica en su lugar de trabajo, y más aún siendo la secretaria del jefe. Pero también es consciente de que si no se aleja a tiempo, todo lo que hay entre ellos puede desencadenar problemas en el bufete y terminar con su despido.

Sin embargo, al llegar al bufete, se encuentra con una escena inusual. Samantha, la esposa de Adam, grita furiosa a alguien en su despacho, y Adam parece estar revisando papeles en una estantería que no es la suya. Pregunta a algunos de sus compañeros qué ha sucedido, y le informan que han sido denunciados por alguien.

María siente un nudo en el estómago y decide posponer su renuncia. No puede abandonar el bufete en medio de un conflicto tan importante. Aunque no lo admita abiertamente, una parte de ella se alegra de la oportunidad para quedarse un poco más cerca de Adam, aunque sea por razones laborales.

En su despacho, Adam se muestra visiblemente angustiado. El revuelo en el bufete y la idea de que María se marche lo deshacen por dentro. Sabe que es la mujer de su vida, que está atrapado por ella de una manera que nunca antes había experimentado. El solo pensamiento de no verla todos los días lo aterra.

Se siente atrapado entre sus sentimientos por María y la realidad laboral que les rodea. Sabe que no pueden mantener una relación romántica en el trabajo, pero también teme perderla si ella decide buscar otro empleo. Se siente impotente y confundido, sin saber qué camino tomar.

Cuando María entra a su despacho, Adam no puede evitar mirarla furtivamente, captando cada detalle de su rostro y de su forma de moverse. Pero se mantiene en silencio, sin mencionar nada sobre lo que sucedió entre ellos o sobre la posibilidad de que ella se vaya.

María, por su parte, también está sumida en una lucha interna. Sus sentimientos por Adam son intensos y genuinos, pero sabe que deben mantenerse alejados si quieren evitar problemas en el bufete. Sin embargo, no puede evitar sentirse atraída hacia él cada vez que lo ve, y eso le parte el corazón.

El día continúa con la tensión en el ambiente y el bullicio de la oficina. Ambos siguen trabajando, aparentemente como siempre, pero el peso de lo que sienten por dentro es inmenso.

Al final del día, cuando se disponen a marcharse, Adam se encuentra frente a la puerta del despacho de María, queriendo decirle tantas cosas pero sin encontrar las palabras adecuadas. María lo mira con un brillo de tristeza en sus ojos y toma una decisión.

—No puedo seguir así, Adam —dice con voz temblorosa. —Es lo mejor para ambos si me

marcho... Cuando todo este tema se resuelva, claro.

Adam siente cómo su corazón se rompe en mil pedazos, pero asiente con tristeza. Sabe que no puede retenerla si es lo que ella quiere.

—Entiendo —responde con la voz entrecortada—. Te ayudaré a encontrar un nuevo empleo, si quieres.

Ambos se quedan en silencio durante un instante, mirándose con la certeza de que están tomando una decisión dolorosa pero necesaria. En ese momento, saben que su historia de amor en el bufete ha llegado a su fin.

—No, prefiero intentarlo yo sola —responde ella—. Pero te lo agradezco. Siempre tendré mucho por lo que darte gracias, en realidad.

María abandona el bufete aquella tarde con lágrimas en los ojos, notando cómo una parte de ella se queda atrás con Adam. Él la observa alejarse, sintiendo que una parte de su corazón se va con ella. Está deshecho, pero sabe que es lo correcto. Ambos necesitan seguir adelante y buscar un nuevo camino, incluso si eso significa dejar atrás lo que sienten el uno por el otro.

Cuando pase la tormenta legal que acaba de empezar a descargar sobre el bufete, María se irá.

CAPÍTULO 16

La tenue luz de las velas iluminaba la mesa en el acogedor restaurante donde Adam había invitado a cenar a su madre, Linda. Sentados frente a frente, el ambiente estaba impregnado de una mezcla de nerviosismo y cariño compartido.

La madre de Adam, Linda, es una mujer de gran fortaleza y amor incondicional. Aunque la vida le ha presentado desafíos difíciles, ha sabido enfrentarlos con valentía y determinación. Tiene una personalidad amable y acogedora, que irradia calidez y comprensión a todos los que la rodean.

Con cabello canoso y arrugas en el rostro, su mirada refleja sabiduría y experiencia. Tiene una sonrisa contagiosa que puede iluminar cualquier habitación y transmitir tranquilidad a quienes la rodean. Su vestimenta es sencilla y elegante, reflejando su estilo humilde y sin pretensiones.

Linda es una mujer trabajadora y comprometida. Desde que su marido murió (muy joven, cuando aún no era el momento) se convirtió en el pilar de su familia y se esforzó para asegurar que sus hijos tuvieran un futuro prometedor. Trabajó incansablemente, sacrificándose para brindarles una educación y un hogar estable.

Su amor por Adam y su hermano es inmenso, y siempre ha estado presente en sus vidas como una guía y apoyo incondicional. A pesar de las dificultades, nunca dejó que sus hijos sintieran la falta de su padre, llenando ese vacío con su amor y dedicación.

Linda tiene una sabiduría que solo la vida puede otorgar, y siempre ha estado dispuesta a escuchar y brindar consejo. Sus palabras son reconfortantes y llenas de sabiduría, y sus experiencias personales la han convertido en una fuente de inspiración para su familia.

Aunque ha enfrentado desafíos y momentos difíciles, Linda siempre ha mantenido una actitud positiva y esperanzadora. Su capacidad para ver lo mejor en las personas y en las situaciones es una de sus cualidades más destacadas.

Adam tomó un sorbo de vino mientras buscaba las palabras adecuadas para expresar lo que estaba sintiendo. Miró a su madre, con los ojos llenos de amor y gratitud por todo lo que ella había hecho por él y su hermano después de enviudar. Desde muy joven, Adam se convirtió en el pilar de la familia, trabajando incansablemente para sacarlos adelante mientras Linda se dedicaba a criarlos y guiarlos en su camino.

"Madre, hay algo que necesito decirte", comenzó Adam, su voz cargada de emoción. "Me he enamorado, y la situación es muy complicada."

Linda lo miró con curiosidad y ternura, dándole espacio para que se abriera y compartiera sus sentimientos. Sabía lo importante que era para su hijo poder hablar abiertamente con ella.

"El problema, madre, es que nuestra relación es complicada por nuestra posición laboral. No quiero ponerla en una situación incómoda ni afectar su estabilidad económica", continuó Adam con voz cargada de dilema.

Linda tomó la mano de su hijo, transmitiéndole su apoyo y amor incondicional. "Comprendo tu preocupación, Adam. Pero el amor es un sentimiento poderoso, y a veces debemos tomar riesgos en la vida para encontrar la verdadera felicidad."

Adam asintió, agradecido por la comprensión de su madre. "Sé que tienes razón, madre. Pero también quiero asegurarme de hacer lo correcto. No quiero que María se vea afectada por mis sentimientos si eso significa poner en riesgo su estabilidad en el trabajo."

Linda sonrió suavemente, compartiendo su sabiduría materna. "Mi querido hijo, el amor verdadero no siempre sigue las reglas y los convenios establecidos. Puede enfrentar obstáculos, pero también puede superarlos. Lo importante es que ambos estén dispuestos a luchar por su felicidad y encontrar una solución que funcione para ambos."

Adam reflexionó sobre las palabras de su madre, dejándolas resonar en su corazón. "Tienes razón, madre. No puedo negar mis sentimientos por María. Siento que es la mujer de mi vida, y no quiero vivir en la incertidumbre de no estar a su lado."

Linda le dio un apretón reconfortante en la mano. "Entonces, hijo mío, lucha por ella. Explora todas las opciones y encuentra una forma de estar juntos sin comprometer la estabilidad laboral de ninguno de los dos. El amor tiene el poder de romper barreras si estamos dispuestos a enfrentarlas juntos."

Adam sonrió, sintiendo el alivio y la motivación en las palabras de su madre. Sabía que había encontrado en ella un apoyo fundamental en este difícil momento. "Gracias, madre. Tus palabras me dan fuerzas y esperanzas para seguir adelante y encontrar una solución para estar junto a María."

La cena continuó con una atmósfera más ligera y llena de afecto. Adam compartió con su madre sus planes de tomar medidas para mantener la estabilidad en el bufete mientras exploraba opciones para estar con María.

Mientras hablaban, Adam no pudo evitar recordar cómo su madre había trabajado incansablemente para sacar adelante a su familia después de enviudar. La admiraba enormemente por su fuerza y determinación para salir adelante, pero al mismo tiempo, le dolía ver a María en una situación similar, luchando para mantener dos trabajos y malviviendo.

En su corazón, Adam sabía que debía encontrar una solución que permitiera a María encontrar estabilidad y felicidad en su vida. No solo porque la amaba, sino también porque veía en ella a una mujer fuerte y valiente, como su madre, merecedora de todo lo mejor.

Y así, en ese restaurante iluminado por las velas, Adam y Linda fortalecieron su vínculo madre-hijo mientras trazaban un camino para enfrentar los obstáculos que el amor les presentaba. Con el apoyo de su madre y su determinación por luchar por María, Adam se sentía más decidido que nunca a encontrar una solución que les permitiera estar juntos y construir un futuro compartido.

La noche se extendía en un suave murmullo de calma en el hogar de María. Mientras Irene dormía plácidamente a su lado, María acariciaba con ternura el cabello de su pequeña hija. El suave contacto entre sus dedos y los rizos de Irene la llenaba de una sensación reconfortante, una mezcla de amor y paz que solo una madre puede experimentar.

Sin embargo, mientras se dejaba llevar por ese momento de intimidad maternal, su mente comenzó a divagar hacia un lugar completamente diferente. Una fantasía se apoderó de ella, llevándola por un camino que sabía que era inalcanzable pero que no podía evitar explorar.

En su mente, María se veía a sí misma casada con Adam, compartiendo una vida en la que ambos formaban una familia con Irene y otras personas que querían. Imaginaba momentos felices juntos, paseos por el parque, risas en la cocina mientras preparaban la cena y veladas en las que se apoyaban mutuamente en cada paso del camino.

Incluso llegó a considerar la posibilidad de tener otro hijo, una idea que la asustaba pero que también le emocionaba. Quería que Irene tuviera una familia más grande y más apoyos en la vida, y la idea de darle un hermanito o hermanita para compartir sus días la llenaba de alegría.

Pero luego la realidad la golpeó con fuerza. Sabía que esa fantasía era solo eso, una ilusión que nunca podría hacerse realidad. Las diferencias en sus posiciones sociales y laborales, el conflicto de intereses que existía entre ellos, todo ello hacía imposible que pudieran estar juntos.

María suspiró y apartó esos pensamientos de su mente. Sabía que tenía que enfrentar la realidad y aceptar que su atracción por Adam era algo que debía dejar atrás. Tenía que centrarse en su vida, en su hija y en encontrar un trabajo que le permitiera mantener su estabilidad económica.

La idea de encontrar un empleo fuera del bufete le provocaba cierta inquietud, pero también sentía una determinación creciente para buscar nuevas oportunidades. Aunque no fuera fácil, sabía que era lo mejor para evitar cualquier conflicto en el futuro.

Con un suspiro resignado, María se volvió hacia su hija dormida y le dio un suave beso en la frente. Su pequeña Irene era su mayor tesoro, y haría todo lo que estuviera en sus manos para asegurarle un futuro brillante y lleno de amor.

Decidió que ya era hora de enfrentar la realidad y dejar de fantasear con lo imposible. Aunque el corazón le doliera, sabía que era lo correcto. Cerró los ojos y dejó que el sueño la envolviera, llevándola hacia un descanso reparador mientras seguía acariciando el pelo de su pequeña, la luz de su vida.

CAPÍTULO 17

El bufete de abogados bullía con su habitual frenesí, pero algo se sentía diferente en el ambiente esa mañana. María estaba inmersa en su trabajo, como de costumbre, atendiendo llamadas, redactando documentos y organizando la agenda de Adam. Sin embargo, no podía evitar notar que su jefe estaba más distante y ensimismado que de costumbre.

A lo largo de los días, María había notado que Adam se mostraba más ocupado de lo habitual, pasaba horas encerrado en su despacho y raramente compartía detalles sobre sus proyectos. Había ocasiones en las que María lo veía redactando frenéticamente, con una expresión de concentración que no había visto antes. Además, había notado la presencia de un hombre desconocido que visitaba el bufete en varias ocasiones, y aunque firmaban algunos papeles, Adam no mencionaba nada al respecto.

Esa tarde, el bullicio de la oficina comenzó a disminuir, pero María continuaba sumida en el trabajo. La curiosidad la carcomía, y no pudo evitar preguntarse qué estaba tramando Adam. Sus pensamientos la llevaron a indagar más, a buscar información sobre ese proyecto paralelo que él mantenía tan en secreto.

Decidió quedarse hasta altas horas de la noche, revisando legislaciones, investigando y buscando cualquier pista que la ayudara a entender qué estaba sucediendo. Pero cada vez que se acercaba a su despacho, sentía un leve sentimiento de intranquilidad que la detenía. Sabía que estaba invadiendo su privacidad, pero la falta de transparencia de Adam la estaba inquietando cada vez más.

El tiempo pasó sin que se diera cuenta, hasta que la noche ya había caído y el bufete se encontraba prácticamente vacío. Fue entonces cuando decidió enfrentar a Adam directamente. Caminó hacia su despacho con paso decidido, dispuesta a obtener respuestas.

Sin embargo, al llegar a la puerta, se detuvo. A través del cristal, pudo ver a Adam absorto en sus pensamientos, con una expresión seria y preocupada. María dudó unos instantes, preguntándose si debía interrumpirlo en ese momento tan delicado.

Finalmente, decidió que era mejor esperar y darle tiempo a Adam para que abordara el tema por sí mismo. No quería ser una intromisión en su vida personal, pero tampoco podía evitar sentir preocupación por él. Tomó una decisión, respetaría su privacidad y esperaría a que él se sintiera cómodo para hablar.

Esa noche, María dejó el bufete con el corazón inquieto, preguntándose qué escondía Adam detrás de su silencio y secretismo. Sabía que algo importante estaba sucediendo, y aunque quería ayudarlo, también sabía que debía respetar su espacio y tiempo para hablar.

Así, los días siguientes transcurrieron con una tensa calma. María seguía trabajando incansablemente, esperando pacientemente a que Adam decidiera compartir lo que lo tenía tan ocupado y preocupado. Pero mientras tanto, la incertidumbre seguía creciendo en su interior, y

no podía evitar preguntarse qué cambiaría en su relación una vez que finalmente supiera la verdad.

Nueva York, una ciudad que nunca duerme, se despertó temprano ese día con una mezcla de emoción y curiosidad en el aire. El sol se elevaba sobre los rascacielos y sus rayos se filtraban a través de las calles, iluminando el ajetreo de la gran metrópolis.

En las cafeterías, el aroma tentador del café recién hecho llenaba el ambiente, atrayendo a los neoyorquinos apresurados que buscaban su dosis de energía matutina. El sonido de los taxis pitando, la multitud apresurada cruzando las calles y el constante bullicio de la ciudad formaban la banda sonora característica de la Gran Manzana.

En medio de este caos urbano, María llegaba a la oficina, lista para enfrentar otro día en el bufete de abogados Johnson and Franklin. Sin embargo, su corazón se hundió al ver el despacho de Adam vacío. Un sentimiento de shock y abatimiento la invadió, incapaz de creer lo que leían sus ojos.

La noticia del abandono de Adam Johnson del prestigioso bufete había sido un golpe inesperado para todos. Los rumores y especulaciones se esparcieron por toda la ciudad, y la prensa estaba ansiosa por obtener más detalles. Los titulares resaltaban el cambio radical en la vida de Adam, el famoso y respetado abogado que había dedicado su vida al bufete que llevaba el apellido de su familia.

María se sintió como en una nebulosa, tratando de asimilar lo que significaba la partida de Adam. Habían compartido tantos momentos juntos, habían enfrentado desafíos y celebrado triunfos como un equipo. Pero ahora, esa relación laboral y cercana parecía haber llegado a su fin.

El despacho de Adam, antes lleno de actividad y vida, ahora parecía frío y vacío. Cada objeto en su lugar recordaba los momentos que habían compartido allí. María no podía evitar sentirse abrumada por la incertidumbre del futuro y la falta de su guía y apoyo en el bufete.

En ese instante, el bullicio de la ciudad pareció desvanecerse a su alrededor. La magnitud de la partida de Adam se hizo evidente, y María se encontró luchando con sus emociones. A pesar de las complicaciones y los desafíos, había desarrollado un profundo cariño por él, y su ausencia le dolía.

La ciudad continuó su agitado ritmo, pero para María, el tiempo pareció detenerse. A medida que reflexionaba sobre el abandono de Adam y las posibles razones detrás de su decisión, su mente se llenó de preguntas sin respuesta.

El destino de la firma y el futuro profesional de María se tornaban inciertos. A pesar de todo, estaba decidida a enfrentar lo que viniera, pero sabía que el vacío dejado por Adam en el bufete y en su vida no sería fácil de llenar. María sentía la necesidad de tomarse un momento para reflexionar y encontrar respuestas. Sin embargo, también sabía que la vida en Nueva York no se

detendría por mucho tiempo, y tenía que seguir adelante.

El sonido de la ciudad volvió a inundar sus oídos, pero María sabía que, en algún rincón de su corazón, siempre llevaría consigo la huella de Adam y los momentos compartidos en aquel bufete. La incertidumbre del futuro se mezclaba con el cariño y el afecto que había desarrollado por él, dejándola en un estado de introspección y emoción mientras enfrentaba un nuevo día en la gran ciudad.

El despacho estaba sumido en un caos emocional cuando Samantha irrumpió furiosa, señalando a María como culpable de la marcha de Adam y prometiendo consecuencias devastadoras. El rostro de María se tiñó de tristeza mientras intentaba contener el llanto que amenazaba con desbordarse.

—Samantha, yo... Yo no quería que esto sucediera —balbuceó María, intentando encontrar las palabras adecuadas para defenderse.

—Pues lo has conseguido, ¡has destruido el proyecto de toda mi vida! —exclamó Samantha con amargura.

Las palabras de su jefa la golpearon con fuerza, y María sintió que el peso del mundo caía sobre sus hombros. No sabía qué decir, ni cómo reaccionar ante las acusaciones. Se sentía culpable por la partida de Adam, pero también sabía que su decisión de marcharse era propia y que tenía sus propias razones.

Sin poder soportar más la situación, María se retiró de la oficina y buscó refugio en un rincón solitario del bufete. Las lágrimas caían sin control por sus mejillas mientras intentaba procesar todo lo que estaba sucediendo. Se sentía perdida y abrumada por las consecuencias de sus sentimientos.

En medio de su angustia, un compañero del bufete, cercano tanto a Adam como a ella, se acercó con delicadeza. María levantó la mirada, sus ojos enrojecidos se encontraron con la comprensión y el cariño en los suyos.

—Sé que esto es difícil, María, pero Adam me pidió que te dijera algo —dijo el compañero con voz suave.

María lo miró con curiosidad, sin saber qué esperar. Las palabras de Adam eran un misterio, y no sabía cómo podrían cambiar la situación.

—Tu contrato está blindado, te ha ascendido de puesto y además te ha subido el salario un 50% más —reveló el compañero.

Las palabras resonaron en la mente de María, y por un momento se sintió aturrida por la sorpresa. Adam había tomado medidas para protegerla y asegurarse de que su posición en el bufete estuviera asegurada. A pesar de su marcha, él seguía velando por ella y su futuro en el lugar que había sido su hogar durante tanto tiempo.

La tristeza seguía presente en su corazón, pero también una sensación de gratitud y aprecio por el gesto de Adam. Aunque él ya no estuviera físicamente presente, su cuidado y preocupación seguían presentes en las acciones que había tomado para asegurarse de que ella estuviera bien.

María asintió con agradecimiento hacia su compañero, incapaz de articular palabras en ese momento. Se sintió un poco más aliviada, sabiendo que tenía una oportunidad para seguir adelante y enfrentar el futuro con un poco más de seguridad.

Poco a poco, María comenzó a secar sus lágrimas y se levantó con determinación. Sabía que la partida de Adam era un cambio significativo en su vida, pero también era una oportunidad para crecer y buscar nuevas oportunidades.

Con la cabeza en alto, María se preparó para enfrentar lo que vendría. Aunque la marcha de Adam dejara un vacío en su corazón, también había dejado una huella profunda en su vida y en su carrera. Era hora de seguir adelante, sabiendo que la memoria de Adam siempre estaría con ella, guiándola en su camino hacia un nuevo futuro.

CAPÍTULO 18

Adam se encontraba en su ático, solo, con la mente llena de pensamientos y el corazón latiendo con fuerza. Miraba su teléfono, buscando la manera de llamar a María y proponerle lo que realmente quería: una relación formal y comprometida. Sin embargo, el miedo lo invadía, temía que ella aún lo rechazara.

Se preguntaba cómo sería tener un futuro juntos, con una familia propia. Antes, había relegado la idea de tener hijos y una vida familiar, convenciéndose de que el trabajo era lo único importante para él. Pero ahora, todo había cambiado. María había llegado a su vida y había sacudido sus cimientos.

Por primera vez, Adam anhelaba tener una familia, formar un hogar con María y compartir su vida con ella. La idea lo asustaba, pero también lo emocionaba. Imaginaba cómo sería tener hijos, verlos crecer y enseñarles el mundo.

Se encontraba dividido entre el miedo a ser rechazado y la necesidad de expresar lo que sentía. Quería dar un paso adelante, pero temía perderla si lo hacía. Sin embargo, sabía que debía ser valiente y arriesgarse por lo que realmente deseaba.

Finalmente, se armó de valor y decidió llamarla, pero justo en ese momento, escuchó el timbre de la puerta.

La ciudad de Nueva York brillaba con luces y decoraciones navideñas mientras María caminaba hacia el ático de Adam en esa fría tarde de diciembre. La nostalgia se apoderaba de ella, ya que las festividades recordaban los momentos que había compartido con Adam en el bufete y la incertidumbre de lo que el futuro le deparaba sin él.

Al llegar a la puerta del ático, María respiró profundamente antes de tocar el timbre. La puerta se abrió, y Adam apareció ante ella, su mirada encontrándose con la de María. El ambiente estaba cargado de emociones contenidas, y ambos se miraron en silencio por un momento antes de que Adam invitara a María a entrar.

El ático estaba decorado con luces navideñas (por primera vez desde hacía muchos años), y el ambiente cálido contrastaba con el frío exterior. María se sentó en el sofá, mientras Adam se acomodaba a su lado. Los minutos parecían eternos, pero finalmente María rompió el silencio.

"¿Por qué te has ido del bufete, Adam?", preguntó ella, buscando desesperadamente una explicación.

Adam tomó un momento para ordenar sus pensamientos antes de responder. "He creado una empresa de asesoría legal internacional", comenzó a explicar. "Es un proyecto ambicioso, pero emocionante. Recluté abogados de varios países y funcionamos principalmente de manera online".

María asintió, sorprendida por la magnitud del proyecto que Adam había emprendido. "Es increíble, Adam. Pero no entiendo por qué lo has hecho sin siquiera decírmelo", dijo con sinceridad.

Adam la miró fijamente, con una mezcla de determinación y vulnerabilidad en sus ojos. "Tú me has dado la fuerza para no conformarme, María. Me has inspirado a buscar algo más grande, algo que trascienda los límites del bufete. Quiero hacer algo significativo, y siento que este proyecto es mi oportunidad", confesó él.

Las palabras de Adam resonaron en el corazón de María, y pudo sentir cómo sus propios sentimientos se intensificaban. La idea de no volver a verlo, de no tenerlo en su vida, la aterraba. Se dio cuenta de lo importante que era Adam para ella y de lo que realmente significaba en su vida.

"Adam, yo también te extraño", confesó María, luchando por contener las lágrimas. "Pensé que alejarme era lo correcto, que no había otra opción para ambos. Pero ahora, después de estar lejos de ti, me he dado cuenta de lo que realmente siento".

Adam la miró con una mezcla de sorpresa y esperanza en sus ojos. "¿Qué sientes, María?", preguntó él, ansioso por conocer sus pensamientos.

"Siento que eres una parte esencial de mi vida", respondió ella con honestidad. "Siento que quiero estar contigo, que no puedo imaginar un futuro sin ti".

El corazón de Adam dio un vuelco al escuchar las palabras de María, y una sonrisa se formó en sus labios. "Entonces, ¿hay una oportunidad para nosotros?", preguntó con voz suave.

María asintió, con lágrimas en sus ojos. "Sí, Adam. Quiero intentarlo. Quiero estar contigo, sin importar los obstáculos que tengamos que enfrentar", confesó ella.

Adam la abrazó con fuerza, sintiendo un alivio abrumador al saber que había una posibilidad para ellos. "Yo también quiero estar contigo, María. No sé cómo será el futuro, pero quiero intentarlo juntos", dijo él con determinación.

Los dos se miraron intensamente, compartiendo un momento de conexión y amor. La Navidad parecía haber traído un regalo inesperado para ambos, y ahora sabían que no podían dejarlo escapar.

Sin poder resistirse más, Adam acercó su rostro al de María y la besó con ternura. Fue un beso lleno de cariño, de pasión contenida y de esperanza por lo que podría ser. María se dejó llevar por el momento, sintiendo cómo su corazón se aceleraba y cómo todas sus dudas y miedos se disipaban al sentir los labios de Adam contra los suyos.

Por primera vez no había barreras ni motivos para detenerse. Lo que comenzó con un beso suave pronto se convirtió en una búsqueda más bien frenética de contacto entre ambos. Adam ya no podía ni quería contener lo que llevaba muchos meses deseando y María cedía ante todos sus

acercamientos y lo invitaba a más. Los besos cada vez eran más largos, las caricias más atrevidas y la ropa más ligera. La intensidad los llevó a encajar como una llave encaja perfectamente en su cerradura.

Después, se miraron con infinita ternura durante varios minutos sin decir nada.

—Te amo —dijo él.

CAPÍTULO 19

María caminaba hacia el bufete con una sonrisa en el rostro, el corazón palpitante y los recuerdos del encuentro íntimo con Adam la noche anterior inundando su mente. Cada caricia, cada mirada, cada palabra susurrada al oído, resonaban en su interior, haciéndola sentir más enamorada que nunca. Recordaba también su cuerpo, Adam era un hombre increíblemente atractivo, alto y musculoso. Su piel era suave y su manera de tocarla delicada. Estaba completamente atrapada en el recuerdo del día anterior. Hacer el amor así, de esa forma tan espontánea y fluida, como si fuera lo más habitual entre ellos, lo natural y esperable que pasara entre dos personas con aquella química tan especial desde el primer momento, había reforzado mucho los sentimientos que Adam producía en ella.

Había decidido dar un paso adelante y confesarle a su madre lo que estaba sucediendo entre ambos. Aunque sabía que la noticia podía ser impactante, también sentía la necesidad de compartir su felicidad con su madre, quien siempre había sido su apoyo incondicional.

La noche anterior, María se sentó junto a Marta en el acogedor salón de su casa, nerviosa pero decidida a hablarle con sinceridad. Comenzó a relatarle cómo había surgido el romance con Adam, cómo habían compartido momentos especiales y cómo se habían dado cuenta de lo que sentían el uno por el otro.

El pequeño apartamento de María estaba bañado por la cálida luz de las luces navideñas, que brillaban suavemente en el salón y llenaban el ambiente de una atmósfera acogedora y mágica. El aroma de las velas perfumadas se mezclaba con el suave aroma del árbol de Navidad, creando una sensación reconfortante y tranquila.

El árbol de Navidad estaba adornado con luces intermitentes, bolas brillantes y pequeños detalles que María había coleccionado a lo largo de los años. Cada uno de ellos tenía un significado especial, y al mirar el árbol, podía recordar los momentos felices compartidos con su familia y amigos durante las festividades.

El salón estaba decorado con guirnaldas de hiedra que enmarcaban las ventanas y el espejo, y pequeñas figuras de Papá Noel y renos adornaban las repisas. Unos cojines suaves y mullidos se disponían sobre el sofá, invitando a sentarse y disfrutar de la calidez del hogar.

Una suave música navideña sonaba en el fondo, creando un ambiente melódico y relajante. María tenía una pequeña colección de villancicos que le recordaban los momentos felices de su infancia y le transmitían la magia de la época.

En la mesita del centro, una taza de chocolate caliente humeaba suavemente, desprendiendo un delicioso aroma que llenaba la habitación. Junto a la taza, había un pequeño plato con galletas caseras, una tradición que María mantenía viva desde que era niña.

Las luces tenues del salón creaban sombras danzantes en las paredes, brindando un ambiente íntimo y romántico. El apartamento de María se convirtió en un refugio de paz y amor, donde

podía relajarse y disfrutar de la compañía de Adam y de sus seres queridos durante las fiestas.

Sentada en el sofá, María miraba el árbol y sonreía con gratitud. Este pequeño rincón del mundo era suyo, y lo había decorado con tanto cariño que se sentía afortunada y feliz de compartirlo con las personas que amaba.

El apartamento estaba repleto de pequeñas luces parpadeantes y decoraciones navideñas que llenaban el corazón de María de alegría y emoción. Cada detalle había sido elegido con esmero, y todo encajaba a la perfección para crear un ambiente mágico y lleno de amor.

"Estoy enamorada, mamá", confesó María con la voz ligeramente temblorosa pero con el brillo de la felicidad en sus ojos.

La madre de María la miró con cariño y comprendió que algo importante estaba ocurriendo en la vida de su hija. "¿Y cómo te sientes al respecto, mi niña?" preguntó suavemente.

"Me siento feliz, mamá. Es increíble cómo él me hace sentir, es como si todo encajara", respondió María con emoción.

Su madre sonrió, acariciando suavemente su mano. "Eso suena maravilloso, cariño. ¿Y cómo piensas que esto afectará tu trabajo en el bufete?"

María reflexionó unos instantes antes de responder. "He decidido mantener mi trabajo en el bufete, mamá. Quiero seguir siendo económicamente independiente y demostrarle a Adam que puedo manejar mi vida por mí misma. Quiero que estemos juntos, pero también quiero asegurarme de que ambos estamos en la misma sintonía y que esto es lo correcto para ambos. El tiempo dirá si estamos hechos el uno para el otro".

La madre de María asintió, admirando la madurez y la determinación de su hija. "Me alegra escuchar eso, María. Siéntete segura de tus decisiones y de lo que sientes. El amor es un camino que debe recorrerse con paciencia y honestidad".

María sonrió, agradecida por el apoyo de su madre. Sabía que tenía razón y que ambos necesitaban tiempo para descubrir lo que realmente querían y necesitaban en una relación.

Al llegar al bufete, María se sentía más decidida que nunca. Sabía que amaba a Adam y que quería compartir su vida con él, pero también entendía la importancia de mantener su independencia y su propio espacio.

Adentrándose en la oficina, se encontró con algunos compañeros que la miraban con curiosidad, notando su energía y su alegría. Ignorando las miradas, María avanzó hacia su despacho, donde continuó su trabajo con una nueva chispa de motivación.

En su corazón, sabía que el camino que había comenzado con Adam era incierto, pero también estaba llena de esperanza y emoción. Sabía que había decidido seguir su propio camino, confiar en sus sentimientos y darle tiempo al amor para florecer.

La Navidad estaba cerca, y para María, la idea de compartir estas festividades con Adam le llenaba de ilusión. Su corazón latía con fuerza, anticipando un futuro en el que ambos caminarían juntos, enfrentando los desafíos y disfrutando de las alegrías de la vida.

CAPÍTULO 20

El cálido verano en Nueva York se reflejaba en las calles y tiendas de la ciudad, y Adam se encontraba en una joyería muy exclusiva, cuya elegancia y lujo se manifestaban en cada detalle. Las delicadas luces resaltaban el brillo de las deslumbrantes joyas que se exhibían en vitrinas impecables. El suave aroma a flores frescas flotaba en el aire, creando un ambiente sofisticado y romántico.

Adam estaba decidido a dar un paso más en su relación con María, y había elegido con esmero un hermoso anillo de compromiso. La joyería parecía un lugar sacado de un cuento de hadas, y cada pieza de joyería parecía contar una historia de amor única.

Con el anillo en su bolsillo, Adam salió de la joyería con el corazón palpitante de emoción. La noche se presentaba perfecta para dar el siguiente paso en su relación con María. Habían pasado seis meses desde que comenzaron a salir, y cada día se sentía más enamorado y conectado con ella.

Esa noche, Adam invitó a María a pasar la velada en su ático, preparando una cena romántica para ambos. El ambiente estaba impregnado de amor y complicidad, y las risas y miradas cómplices llenaban la habitación.

Durante la cena, María miró a Adam con una mezcla de nerviosismo y emoción. Finalmente, reunió el valor para contarle algo importante: tenía un retraso en su periodo y estaba planeando hacerse una prueba de embarazo al día siguiente.

Adam se sorprendió por la noticia, pero en lugar de sentir miedo o inseguridad, una oleada de emoción intensa lo inundó. La idea de formar una familia con María, de verla embarazada con su hijo, llenó su corazón de felicidad y amor.

María estaba nerviosa, no sabía cómo reaccionaría Adam ante la noticia, pero cuando lo vio sonreír con ternura y tomar su mano con suavidad, supo que todo estaría bien.

"María, si es cierto, si estamos esperando un hijo juntos, será la mayor bendición de mi vida. Estoy emocionado de pensar en tener una familia contigo", dijo Adam con voz entrecortada por la emoción.

Las lágrimas brotaron de los ojos de María, abrumada por la felicidad y la seguridad de saber que Adam estaba a su lado en este momento importante.

Ambos se encontraban en el ático, unos días después, ella con el test de embarazo en las manos y el corazón latiendo a mil por hora. Los nervios la invadían mientras esperaba el resultado. Cada minuto parecía eterno, y su mente estaba llena de pensamientos e incertidumbre.

Adam, por su parte, caminaba de un lado a otro del salón, sin poder estar quieto. Sentía una

mezcla de emoción y ansiedad. No podía evitar pensar en cómo su vida cambiaría si el resultado era positivo.

Finalmente, el tiempo se detuvo por un instante mientras María miraba el test. Sus ojos se llenaron de asombro y emoción al ver las dos líneas distintas que confirmaban su estado. Un pequeño ser estaba creciendo dentro de ella.

Los sentimientos fluían de forma natural. No había lugar para palabras cursis o pretensiones. María se sintió abrumada por la realidad del momento, por la maravilla de la vida y por la conexión que ya sentía con el bebé en su vientre.

Adam, por su parte, se acercó a ella con una mezcla de felicidad y preocupación en su rostro. Tomó sus manos entre las suyas y la miró profundamente a los ojos, sabiendo que su vida estaba a punto de cambiar para siempre.

No hubo grandes discursos ni promesas grandilocuentes. Se sintieron vulnerables y sinceros. Ambos sabían que el camino que les esperaba no sería fácil, pero también estaban seguros de que juntos podrían enfrentarlo todo.

Abrazados, sintieron que el mundo se detenía a su alrededor. No había nada más importante que ese momento y la vida que llevaban en su interior. Los nervios se convirtieron en una sensación de plenitud y asombro.

María miraba el test de embarazo en sus manos y una oleada de recuerdos la invadió. Recordó las pataditas suaves que había sentido en su vientre durante su primer embarazo, las noches sin dormir mientras arrullaba a su bebé en brazos, y el amor infinito que sentía cada vez que miraba a los ojitos curiosos de su pequeño.

Se imaginó nuevamente sosteniendo a su bebé en brazos, sintiendo su calidez y su fragilidad. Pensó en las risas y los juegos, en las pequeñas manos aferrándose a las suyas, en los abrazos y los besos de buenas noches. A pesar de todas las dificultades y desafíos que conllevaba ser madre, sabía que valía la pena cada momento.

Por otro lado, en el otro extremo del ático, Adam también se encontraba en sus pensamientos. La noticia del embarazo lo había dejado impactado, pero en lugar de sentir miedo o preocupación, descubrió que estaba lleno de una nueva motivación en la vida: la de ser padre.

Imágenes de su infancia con su madre lo invadieron, recordó cómo ella había luchado para sacar adelante a sus hijos después de la muerte de su padre, y cómo había sido su fuerza y amor incondicional lo que lo había llevado hasta donde estaba ahora. Sintió que tenía un modelo a seguir y que él también quería ser un padre que pudiera brindar a su hijo un amor inquebrantable y la mejor versión de sí mismo.

La idea de ser padre ya no le asustaba, sino que lo llenaba de vida y propósito. Quería estar ahí para su hijo, para apoyarlo, protegerlo y enseñarle todo lo que sabía. Quería compartir la alegría

de verlo crecer, aprender y convertirse en una persona única y especial.

María y Adam se encontraron nuevamente en el centro del ático, mirándose a los ojos con una mezcla de emoción y ternura. Ambos sabían que el camino que les esperaba no sería fácil, pero también sabían que juntos podrían enfrentarlo todo. Con cada obstáculo, con cada desafío, su amor y su deseo de formar una familia se fortalecían.

En ese momento, en medio de la incertidumbre y la emoción, María y Adam se dieron cuenta de que estaban listos para embarcarse en esta nueva etapa de sus vidas juntos.

CAPÍTULO 21

El día tan esperado había llegado. María y Adam llegaron a su casa con su pequeño bebé, Max, en brazos. La emoción y la felicidad se palpaban en el ambiente. Al entrar en la casa, Irene, la hija mayor de María, los recibió con una gran sonrisa y corrió emocionada hacia su nueva hermanita.

"¡Mira, mamá, es Max!" exclamó Irene, acercándose con curiosidad al pequeño.

María sonrió y asintió, acariciando el pelo de su hija mayor. "Sí, cariño, es tu hermanito. Le vamos a querer mucho y serás la mejor hermana mayor que pueda tener."

Irene miró a Max con ternura y le acarició la mejilla con suavidad. "Bienvenido, Max. Yo seré tu hermana mayor y te cuidaré siempre."

Adam observaba con una sonrisa a las dos mujeres de su vida, sintiéndose inmensamente afortunado. Era un momento que nunca olvidaría. La vida había dado un giro inesperado, pero era un giro que los había llevado a este momento de felicidad y plenitud.

El bebé se parecía muchísimo a Adam, y eso le llenaba de emoción. Pero también se le nublaron los ojos por un momento al recordar a su madre, quien ya no estaba para ver a su nieto. Suspiró y dijo en voz baja:

"Ojalá mi madre pudiera estar aquí para conocer a Max. Sé que le habría encantado."

Marta, la madre de María, se acercó a su hijo y lo abrazó con cariño. Le dijo con voz suave:

"Sé que tu madre estaría orgullosa de ti, Adam. Y estoy segura de que está cuidando de Max desde algún lugar allá arriba."

En esos momentos, el teléfono de Adam sonó y vio que era un mensaje de Samantha. Ella le daba la enhorabuena por el nacimiento del bebé y le pedía disculpas por todo el daño que había causado en el pasado.

Adam suspiró y respondió el mensaje con amabilidad, aceptando sus disculpas. Sabía que había sido un largo camino hasta llegar a ese punto, pero ahora estaba en un lugar feliz y pleno junto a María, Irene y su hijo Max.

Los días pasaron y la noticia del nacimiento del hijo de Adam Johnson llegó a los medios de comunicación. Los titulares hablaban de la nueva familia que se había formado, y las fotos del bebé y sus padres aparecían en las portadas de las revistas.

María y Adam se sintieron abrumados por la atención de la prensa, pero también agradecidos por todas las muestras de cariño que recibían de sus seguidores y amigos.

Con el nacimiento de Max, la pequeña familia estaba completa. Juntos enfrentarían cada desafío y celebrarían cada momento de alegría que la vida les tenía preparados. Y en medio de todo, el recuerdo de la madre de Adam y de los momentos compartidos con ella estaría siempre presente, guiándolos y dándoles fuerzas para seguir adelante.

Después de un largo día, cuando la noche caía sobre la ciudad y la luz de las estrellas empezaba a brillar en el cielo, Adam y María se encontraron en el salón de su acogedor apartamento. Max dormía plácidamente en su cuna, y el ambiente estaba lleno de amor y felicidad.

Adam tomó las manos de María entre las suyas y la miró con cariño. "María, estos últimos meses han sido los más maravillosos de mi vida. No puedo imaginar mi vida sin ti y sin nuestros hijos. Eres la mujer de mi vida, me das paz y felicidad."

María le sonrió, con los ojos brillantes. "Y tú eres el hombre que siempre soñé, Adam. Eres mi compañero, mi apoyo y mi amor. No quiero estar con nadie más que contigo."

Adam se arrodilló ante ella, sacando una pequeña caja de su bolsillo. "María, ¿te casarías conmigo? Quiero pasar el resto de mi vida contigo, compartir cada momento, cada alegría y cada desafío."

María dejó escapar un suspiro emocionado y asintió con lágrimas de felicidad en sus ojos. "Sí, Adam, sí quiero casarme contigo. Eres el hombre que amo y quiero construir un futuro juntos."

Adam abrió la caja y mostró el anillo de compromiso, un hermoso diamante que brillaba como el amor que sentían el uno por el otro. Con manos temblorosas, colocó el anillo en el dedo de María, sellando su compromiso con un gesto lleno de amor y significado.

Ambos se abrazaron con ternura, sintiendo que el mundo se detenía a su alrededor, y en ese momento supieron que estaban en el lugar al que pertenecían, en los brazos del otro.

Así, entre risas y lágrimas de felicidad, la pequeña familia celebró el comienzo de una nueva etapa llena de amor, complicidad y sueños compartidos. El hogar que habían construido juntos ahora se convertiría en su refugio eterno, donde la vida seguiría escribiendo sus capítulos llenos de amor, risas y sueños cumplidos. Y, mientras tanto, el bebé Max seguía durmiendo ajeno a todo el amor que lo rodeaba, pero sabiendo que su familia era un lugar seguro y lleno de amor donde siempre podría encontrar refugio y cariño.

CAPÍTULO 22

El gran día había llegado. María estaba radiante con su vestido blanco, sencillo y elegante, que realzaba su belleza natural. Sus ojos brillaban de emoción mientras se miraba al espejo y ajustaba los detalles finales. La música de fondo, el Canon de Pachelbel, resonaba en la iglesia, llenando el ambiente de una atmósfera mágica.

Irene, la pequeña hija de María, estaba emocionada y orgullosa de acompañar a su madre al altar. Con su vestido blanco a juego, caminaba de la mano de María hacia el encuentro con Adam, quien la esperaba con una sonrisa llena de amor y nerviosismo.

El corazón de María latía con fuerza mientras avanzaba por el pasillo hacia el hombre de su vida. Cada paso la acercaba más a ese futuro que había soñado durante tanto tiempo. Los ojos de Adam brillaban al verla acercarse, y en ese instante, todo lo demás a su alrededor parecía desvanecerse.

El momento llegó, y frente al altar, rodeados de amigos y familiares, Adam y María se tomaron de las manos. El cura pronunció las palabras sagradas mientras ellos se miraban intensamente a los ojos, prometiéndose amor y fidelidad por el resto de sus días. Los votos salieron de sus corazones, cargados de emoción y sinceridad, y al pronunciar el tan esperado "sí quiero", un suspiro colectivo llenó la iglesia.

El beso que selló su unión fue dulce y apasionado, y el aplauso de los presentes resonó en el lugar. Salieron de la iglesia como marido y mujer, y el mundo se volvió aún más brillante a su alrededor.

La celebración continuó en una hermosa recepción, donde amigos y familiares brindaron por el amor de la pareja. Hubo risas, bailes y lágrimas de felicidad, mientras todos celebraban el comienzo de una nueva etapa para Adam y María.

Al final de la noche, mientras caminaban tomados de la mano hacia su nuevo hogar, la paz que sentían era inmensa. Se miraron el uno al otro, sabiendo que habían encontrado su lugar en el mundo, juntos.

En su casa, el uno junto al otro, se recostaron en la cama mientras miraban las estrellas a través de la ventana. La vida había dado un giro maravilloso, y juntos se enfrentarían a todos los desafíos que la vida les tenía preparados.

Así, el ciclo de la historia de Adam y María llegó a su fin, pero el inicio de su vida juntos estaba lleno de amor, complicidad y sueños compartidos. Y mientras el mundo seguía girando, ellos sabían que siempre encontrarían refugio en los brazos del otro, donde el amor era eterno y su felicidad infinita.